



UNAM IZTACALA

Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de Estudios Superiores Iztacala

**EL TATUAJE DESDE EL IMAGINARIO COLECTIVO:
LA IDEOLOGÍA Y LA UTOPIA.**

**T E S I S T E Ó R I C A
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADA EN PSICOLOGÍA
P R E S E N T A
P É R E Z N Á J E R A L U C Y**

Director: Lic. **CARLOS OLIVIER TOLEDO**
Dictaminadores: Lic. **GERARDO ABEL CHAPARRO**
 Lic. **ARCELIA LOURDES SOLIS FLORES**





Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradesco a Dios

Con especial dedicación:

A mi papá Enrique que con fuerza e inteligencia me motiva a ser mejor cada día, a mi mamá Lucy por sus consejos y enseñanzas diarias, por ser la que dirige con tanto esfuerzo a la familia (A los dos por ser los pilares más importantes en mi vida). A mi hermano Niko por ser mi mejor amigo y estar siempre conmigo en las buenas y malas. A mi hermanita Ale por ser la niña más hermosa y encantadora, por ser un ángel en mi vida y por motivarme a estudiar psicología (te adoro preciosa).

A Carlos Olivier, por apoyarme desde lejos en la realización de este trabajo.

A mis amigos y a cada persona que ha estado en mi vida.

A mis maestros por sus enseñanzas.

INDICE

Resumen	
Introducción	1
Capítulo 1. La sociedad actual como espacio de construcción Identitaria-corporal	
1.1. <i>La sociedad como espacio de construcción del individualismo pos- moderno</i>	11
1.2. <i>Prácticas de una identidad individual</i>	18
Capítulo 2. La construcción del cuerpo: del órgano al símbolo	
2.1. <i>Qué es el cuerpo</i>	23
2.2. <i>Cuerpo Imaginario Colectivo</i>	26
2.2.1. <i>Imaginario Colectivo</i>	27
2.2.2. <i>Cuerpo ideología</i>	30
2.2.3. <i>Cuerpo utopía</i>	32
Capítulo 3. Los tatuajes.	
3.1. <i>Las imágenes en el imaginario colectivo</i>	35
3.1.1. <i>¿Qué es el tatuaje</i>	39
3.2. <i>Tatuaje como imagen ideológica</i>	44
3.3. <i>Tatuaje como imagen utópica</i>	47
Conclusiones	54
Referencias	68

RESUMEN

En este trabajo da cuenta de los elementos sociales y culturales implicados e inmersos en esta práctica de tatuar al cuerpo, abandonando la visión anti-sanitaria y criminalista que se tiene acerca de los portadores de tatuajes. Originariamente, la utilización de signos corporales como el tatuaje apareció en antiguas sociedades tribales asociadas a rituales. Los tatuajes engloban en un símbolo, un mundo pasado y presente que comprende un sin fin de significados históricos, sociales, económicos, políticos y culturales cuyos significados varían de acuerdo a las vivencias y contextos de cada persona. Al concebir al cuerpo como un espacio que permite la construcción y apropiación de significados dadores de identidad, el cuerpo se llena de códigos sociales y culturales que pueden expresarse mediante prácticas como el tatuaje. Sin embargo, la mayoría de las investigaciones que se han realizado en México sobre este tema han sido abordadas desde la criminalística y no es hasta finales de los 80 y principio de los 90 que hay indicios de una nueva visión sobre el tatuaje donde se reconoce a los tatuados y tatuadores como actores sociales y al tatuaje como bien simbólico, aunque no se aleja mucho de la visión criminalística al retomar la relación entre cárcel y reconstrucción de los significados. Por lo que en este trabajo se plantea como objetivo analizar al tatuaje a partir de las dos expresiones del imaginario colectivo: la ideología y la utopía, con la finalidad de una nueva mirada que permita dar cuenta de los elementos sociales y culturales implicados en la práctica de tatuar y en la formación de la identidad. Se discute la influencia de la sociedad actual en la formación de una identidad corporal y como el tatuaje es parte de los múltiples medios e instrumentos de nuestra sociedad, en la formación de la identidad corporal de sus integrantes.

INTRODUCCIÓN

El tatuaje es toda práctica que implica la penetración de tinta o pigmento bajo la piel, comúnmente para dibujar figuras reales, imaginarias o abstractas. La palabra “tatuaje” procede de la antigua lengua de Tahití, donde ésta práctica se denominó *tatan*; acto de dibujar. Tatuarse es alojar en el cuerpo, urgir la piel, cifrarla, pintar su interior. También es trazar, cavar, explorar. Uriarte (2007), dice que el término tatuarse es para expresar el acto de marcar en la piel humana puntos, líneas o sombras para presentar figuras reales, imaginarias o abstractas. Reissfeld (2004), sostiene que el tatuaje moderno puede ser de inspiración religiosa, erótica, violenta, naturalista o abstracta; ser surrealista, realista, tribal, arte cartoon o arte pop. A lo largo de la historia, el tatuaje ha sido concebido como un ritual artístico complejo o como una mera decoración pagana. Sus significados han dependido de los contextos, sea como arte prohibido, informativo, popular o erótico.

La historia de los tatuajes es muy diversa; en cada lugar de la tierra en donde se practican se encuentran diferentes y diversos detalles. También varía bastante el significado, la tradición y hasta la técnica de realización. Pero casi por todos lados, los tatuajes aparecieron hace miles de años.

El termino tatuaje tiene un origen más reciente que la práctica misma, las imágenes han sido una forma de comunicar un hecho real o imaginario a través del lenguaje simbólico, a su vez, las paredes han sido testigos del paso del hombre y sus quehaceres en este mundo. Las pinturas rupestres podrían ser un ejemplo de la necesidad del ser humano para abstraer una parte del entorno y plasmarlo, siendo representaciones simbólicas de la realidad. Desde este momento se puede observar como las imágenes han dado identidad al clasificarse y tratar de conservar un sistema de creencias que se tenían en esos tiempos.

Una imagen grabada puede asegurar el vínculo que constituye un elemento de referencia, de aculturación y de dominio. Las imágenes se han ido modificando, ampliando, omitiendo, transformando y variando al ritmo que los estilos, maneras, formas y condiciones de vida avanzan. En nuestra sociedad las imágenes se transmiten fácilmente, la apariencia es el primer elemento que fijan nuestras interacciones, en este sentido sólo puede ser entendida en su significado social, en el desarrollo de las interacciones que se producen con los otros en el interior del grupo a partir del uso comunicativo que hacemos de nuestro cuerpo desde el primer contacto visual. El cuerpo es aquello con lo que nos presentamos y comunicamos, el tatuaje amplía la fuerza y las posibilidades de esa comunicación.

Los tatuajes engloban en un símbolo, un mundo pasado y presente que comprende un sin fin de significados históricos, sociales, económicos, políticos y culturales que dieron pauta a esta representación pictórica. Sus significados varían de acuerdo a las vivencias y contextos de cada persona. Esta identidad estratégica que se adquiere es una construcción de valores, prácticas, actitudes y

pensamientos que tienen las personas para ir construyendo una identidad individual.

Sin embargo, la mayoría de las investigaciones que se han realizado en México sobre el tatuaje han sido abordadas desde la criminalística, sólo basta hacer una breve revisión de la literatura del tatuaje en México y encontraremos trabajos como el de Machiori (1975), quien retoma el tema y habla de la delincuencia, el encierro y el tatuaje, esta investigación vincula al tatuaje como un medio de comunicación del ladrón; tres años más tarde Machiori (1978), continua su investigación y reafirma el vínculo del tatuaje con las características psicopatológicas del delincuente, señalando que tal práctica es un acto de autodestrucción. En el trabajo de Marín (1981), se hace un recorrido histórico del tatuaje, este autor concluye que éstos permiten conocer la personalidad psíquica del delincuente. Por su parte, González (1983) realizó un estudio entre personas tatuadas y la psicopatología en el cual concluye que no hay relación entre los tatuajes y la psicopatología. Dos años después, Ochoa (1985) busca establecer una relación entre el símbolo del tatuaje y la psicopatología y afirma que el tatuaje es una expresión simbólica de conflictos psicopatológicos e inconscientes. García (1994), afirma que existe un nexo directo entre el tatuaje y la delincuencia, destacando que los delitos más frecuentes en tatuados son: robo, violación, tráfico de drogas y violencia. También, Páez, Robles y Tejero (1995), realizaron un estudio a partir del cual afirman que existe relación entre el contenido de los tatuajes y las tendencias psicopatológicas y esquizofrénicas de las personas. Lagunas y Sierra (1997), recuperan sentidos y significados que los reclusos le atribuyen a sus tatuajes, mostrando mayor interés en el diseño de los cuerpos. Somonte (1997), realizó un libro fotográfico en el que visualmente se relaciona la práctica del tatuaje con el encierro en la cárcel. Empezando el nuevo milenio, Paya (1999), considera que el encierro, la cárcel y el castigo se expresan a través del tatuaje. Ya no importa el diseño, sino de donde viene, también señala al tatuaje cómo una búsqueda de identidad propia y una manera de aprehender la realidad. A través de los estudios mencionados anteriormente, es posible observar

cómo se ha construido un discurso en donde los tatuajes han sido directamente relacionados con la delincuencia y la criminalidad.

A finales de los 80 y principios de los 90 hay indicios de una nueva visión sobre el tatuaje, como el trabajo de Valenzuela (1988), que reconoce a los tatuados y tatuadores como actores sociales y al tatuaje como bien simbólico, aunque no se aleja mucho de la visión criminalística al retomar la relación entre cárcel y reconstrucción de los significados. A principios de los noventa, Reguillo (1991), aborda el tema de los tatuajes como medio de comunicación cultural de ciertos grupos juveniles. Por su parte, Isaac (1992), realizó un libro con fotografías de personas tatuadas y perforadas sin texto, sin embargo las fotografías dejan ver la relación entre cárceles y tatuados. Valenzuela (1997), menciona que existe una cultura del cuerpo en donde se inscribe el tatuaje como resultado de una expresión simbólica, de identificación y adscripción a grupos, pero aun relaciona los tatuajes con lo criminalístico. Finalmente, Morales (1997), percibe al cuerpo tatuado como un museo ambulante en donde el cuerpo adquiere mayor valor y empieza a ser revalorado. Los trabajos anteriores sólo fueron pequeños esfuerzos que no lograron concretar una visión nueva. Hasta trabajos como el de Nateras (2002a), se logra una visión distinta, ya que se plantea el tema de los tatuajes corporales como una manifestación y práctica cultural de nuestros tiempos, sitúa a los tatuajes como prácticas culturales en cuerpos urbanos cargados de sentido y significado. En ese mismo año Nateras (2002b), propone observar al tatuaje como una de las manifestaciones socioculturales más espectaculares en una parte de jóvenes urbanos. Otros trabajos que van en este sentido es el de Uriarte (2007), quien realiza una investigación documental con el objetivo de conocer la importancia que los tatuajes tuvieron en grupos marginados (personas que actúan fuera de las normas) novohispanos, y Romero (2005), que aborda la generación X, en este trabajo el tatuaje no es el tema principal, pero cuando lo menciona no le da un trato criminalista, sino como una práctica de reacción social y forma de expresión de una generación.

En la actualidad los tatuajes adquieren nuevos significados, en la sociedad se pueden ver como elementos que están edificados con discursos fundadores de un lugar como parte del imaginario colectivo ya sea desde lo ideológico o instituido o de lo utópico o disidente. El cuerpo actual es el resultado de una historia de explotación debido al desarrollo político, económico, social y cultural, creando como resultado un cuerpo que vive y se crea en una sociedad de consumo, va más allá de la materia orgánica que constituye al ser humano, es decir el cuerpo trasciende de lo biológico, modificándose para aproximarse a estilos de vida que la cultura marca. Por esto hablar de cuerpo es hablar de cultura, de ideología, utopías e identidades.

El tatuarse es utilizar al cuerpo como un espacio el cual permite dar una identidad personal formada por lo social y cultural. Por eso los tatuajes son una posibilidad de modificar al cuerpo para que éste adquiera ciertos significados. El cuerpo visto desde este contexto resulta un espacio lleno de códigos sociales y culturales. El significado de un tatuaje tiene que ver con un contexto interpretativo que las personas establecen, no importa mucho lo que la imagen es, sino el recordatorio o significado subjetivo que cada quien entiende de esta marca corporal, y depende de su realidad y de las características y cualidades del contexto en que vive. Esta idea de apropiarse del cuerpo y de expresar ideas de distinta naturaleza encuentra en el tatuaje una salida. Al transformar el aspecto físico del cuerpo se inicia una reconstrucción y reconceptualización del mismo, convirtiéndose en un manifiesto andante.

La identidad es un intermediario para mostrar algún significado, la cual no se explica por sí sola, sino que tiene que ver con situaciones y relaciones de los actores sociales por eso solo existe en función y para los sujetos, por ello es una construcción social. Se puede observar que la identidad no está congelada o cerrada, sino que le da al sujeto cierta pauta para manipularla, modificarla o transformarla libremente según su valoración o apreciación de la sociedad. Esto habla de una posibilidad de apropiarnos de construcciones sociales que se

realizan dentro de nuestros entornos sociales y que a su vez se van edificando con los intercambios que tienen que ver con la ubicación de los actores y las acciones que estos tienen.

El cuerpo al tatuarlo, se convierte en el espacio de práctica y expresión cultural cargada de una diversidad de sentidos y significados. En él se van construyendo valores, prácticas, discursos, actitudes, representaciones y autorrepresentaciones que dan sentido a la realidad, construyendo así su identidad individual y colectiva representadas en la sociedad (Piña, 2004). Vivimos en una sociedad y por lo tanto estamos contruidos social y culturalmente y para entender en donde está situado el cuerpo es necesario contextualizarlo histórica y espacialmente y así comprender cómo se forma una identidad a través de las prácticas corporales (tatuajes) viendo al cuerpo cómo un espacio lleno de códigos sociales y culturales.

La forma en cómo nos situamos en la historia para poder dirigir nuestras experiencias depende del imaginario colectivo. Por un lado están las tradiciones heredadas del pasado que son todas las formas y costumbres que nos enseñan en la sociedad donde crecimos y por el otro las expectativas dirigidas hacia el futuro que tiene que ver con lo que esperamos para nosotros. Las prácticas, instrumentos, significados y simbolizaciones entorno al cuerpo tanto en lo deseable o realizable son características del imaginario colectivo, esta imaginación puede ser individual, colectiva o ambas y actúa bajo la forma de utopía o ideología.

La ideología es el proceso de distorsiones mediante los cuales nos ocultamos a nosotros mismo, el modo de pertenencia a las diversas comunidades en la que vivimos y participamos. Entonces la función de la ideología es la de servir de enlace para la memoria colectiva, unir acontecimientos inaugurales valorizados debido a que son fundadores de la memoria de las personas con el objetivo final de dar creencias al grupo entero. Esto crea que los grupos sociales se mantengan de pie, adquiriendo consistencia y permanencia gracias a la imagen

estable y perdurable que se da de la sociedad. Esta imagen estable y perdurable expresa el nivel más profundo del fenómeno ideológico.

La utopía es una fuga de lo real, tiene que ver con las creencias de cada persona. Es una forma de soñar la acción evitando reflexionar sobre las posibilidades de apropiarse o introducirse a situaciones actuales. Entonces la función de la utopía es proyectar algo imaginario fuera de lo real, en otro lugar u otro tiempo. Es así como la utopía cuestiona la preservación y conservación de la realidad.

Sin embargo la ideología y la utopía son complementarias por sus intercambios mutuos. La ideología no puede existir sin la utopía, la primera tiende hacia una integración mientras que la segunda hacia la errancia, la ideología introduce desvío y distancia, como consecuencia crea algo potencialmente utópico y por otro lado la forma más errática de la utopía en medida en que se mueva hacia lo humano se convierte en ideología. Por esto resulta difícil decidir si un modo de pensar es ideológico o utópico.

El cuerpo ideológico está manipulado y controlado, las prácticas corporales son las que fortalecen la identidad del grupo social, se encuentran en una creencia colectiva y dan lugar a una imagen idealizada que refuerza, preserva y conserva a la sociedad. Es un cuerpo restringido que se esfuerza por perpetuar las tradiciones. Las personas se apropian de algunos hechos del pasado y los intentan dotar de significado.

El cuerpo utópico proyecta algo en el imaginario de las personas, cuestiona la realidad y es pensado desde otro punto de vista, otra forma de ser y de vivir. Está lleno de actos de individualidad que tienden a proyectar algo imaginario y no permiten concretar las formas sociales impuestas. Estos hechos dejan ver en la construcción del cuerpo, un sujeto que decide cómo romper con la lógica tradicional y controlada.

Sin embargo sería un error hablar del cuerpo fragmentado, sea utópica o ideológicamente. Conforme vas conociendo, creyendo, actuando y practicando tu corporalidad, caes en modelos que varían de un lado a otro y de un nivel a otro, lo cual depende del imaginario colectivo. El cuerpo es ideológico o utópico al encontrarse inmerso en un mundo de redes sociales y culturales, resultado de esta fractura de ideologías y la creación de múltiples utopías que pretenden legitimar su discurso. Si se logra legitimar la utopía, se convertirá en ideología. Pero en un mundo que es transitorio, donde todo cambia y se modifica continuamente, no podemos reconocer con confiado optimismo una de la otra. En la plasticidad de las prácticas corporales hay un péndulo que va de las prácticas ideológicas a las utópicas y que evidencia una complejidad: la de afirmar si un cuerpo es utópico o ideológico; o se mueve en una multiplicidad de matices que impiden la identificación de lo utópico o ideológico.

Este trabajo da cuenta de los elementos sociales y culturales implicados o inmersos en esta práctica de tatuar al cuerpo y representa finalmente el abandono de una visión anti-sanitaria y criminalista que se tenía acerca de los portadores de tales manifestaciones. Nos habla de cómo un tatuaje da identidad y el mantenerlo en el cuerpo crea un camino para vivir ideologías o utopías. Por lo que en este trabajo se plantea una nueva mirada, capaz de dar cuenta de los elementos sociales y culturales implicados o inmersos en la práctica de tatuar al cuerpo, se abordará al cuerpo como un detonante de cultura, una forma de comunicar algo, un espacio de manifestación y una posibilidad de construir valores, prácticas, discursos, actitudes, representaciones que dan sentido a la vida de las personas. Siendo así el resultado de un ritmo de vida, una sociedad de consumo, estilos de vida y educación actual, expuesto al desarrollo político, social y cultural. El cuerpo visto como una construcción y apropiación de significados creando así una cultura del cuerpo dadora de identidad. Por lo que el objetivo de este trabajo será analizar al tatuaje a partir de las dos expresiones del imaginario colectivo: la ideología y la utopía. Para lo cual se analizará la información para aventurar una interpretación de los tatuajes. Se espera que este trabajo contribuya con una aproximación

nueva y significativa para el presente tema, como una pauta para la construcción de nuevos elementos que den sentido a la corporeidad.

Por lo que el objetivo general de la investigación es analizar al tatuaje a partir de las dos expresiones del imaginario colectivo: la ideología y la utopía. Y los objetivos particulares son:

- Identificar las características de la sociedad actual que median la formación de una identidad corporal.
- Analizar al cuerpo como la expresión del imaginario colectivo
- Analizar al tatuaje como instrumento corporal para la apropiación del imaginario colectivo.

La literatura que se revisó para la realización de este proyecto, se engloba en dos grandes rubros: El primero, consiste en la bibliografía que aborda al tatuaje, y el segundo, en la revisión de literatura que permite enmarcar y vincular la información documentada sobre el tatuaje, desde el enfoque de la psicología corporal.

Como se mencionó, el desarrollo del presente proyecto se realizará al amparo de la psicología corporal y al tener como objetivo analizar al tatuaje a partir de las dos expresiones del imaginario colectivo: la ideología y la utopía, obliga a que, en primera instancia, se revise bibliografía que permita identificar las características de la sociedad actual y las formas en que esta sociedad media la formación de una identidad corporal, para posteriormente, integrar bibliografía que permita analizar al cuerpo como la expresión del imaginario colectivo. Al desarrollar los dos puntos anteriores, se estará en condiciones para analizar al tatuaje como instrumento corporal para la apropiación del imaginario colectivo.

Por lo que en el primer capítulo se identificarán las características generales de la sociedad actual para entender el marco de referencia en el cual estamos

inmersos o parados. Se analizará a la sociedad como espacio de construcción identitaria – corporal y como esta, sirve de espacio de construcción del individualismo pos-moderno para finalmente examinar las prácticas de una identidad individual. En el segundo capítulo se analizará la construcción del cuerpo no solo visto desde lo biológico sino también entendido desde lo psicológico, para posteriormente entenderlo desde el Imaginario Colectivo, o sea ideológica o utópicamente. Finalmente en el tercer capítulo abordaré a los tatuajes como imágenes corporales ideológicas y utópicas. Todo esto visto desde un enfoque corporal en donde el cuerpo inmerso en una sociedad tradicional existe en función en su relación con los demás, es un elemento indiscernible del conjunto simbólico que lo engloba, no resulta un signo de individualización mientras que en la sociedad moderna es una ruptura del sujeto con los otros, acorde funcionamiento social de tipo individualista. No solo se habla de tener corporalidad sino de ser una corporalidad.

CAPÍTULO 1.

LA SOCIEDAD ACTUAL COMO ESPACIO DE CONSTRUCCIÓN IDENTITARIA – CORPORAL.

1.1. La sociedad actual como espacio de construcción del individualismo pos-moderno.¹

Describir a la sociedad es una tarea amplia, ambiciosa y porque no decirlo muy complicada. Por una parte, la sociedad no es algo externo ni distinto a los individuos que la componen y los individuos no actúan ni se pueden definir al margen de dicha sociedad. La sociedad somos nosotros y nosotros somos la sociedad. Sin embargo, se habla de ella como algo externo a nosotros, como si no la hubiésemos construido y no fuéramos lo mismo. Por otra parte, aquello que llamamos “sociedad”, es la que ahora nos construye, la que nos ofrece un estilo de

¹Utilizo este concepto porque es el más próximo o el que más engloba la construcción del individualismo, sin embargo la sociedad mexicana está conformada por múltiples culturas. Queda claro que hay muchos tipos de sujetos y que esta sociedad es híbrida.

vida, una manera de verla, una forma de vivirla, un espacio en que se constituye identidad, porque en ella y a partir de ella nos reconocemos como; individuos, personas, hombres, mujeres u objetos. Giddens (2003) menciona que el propio-ser puede ser entendido dentro de la historia, donde historia significa, en este caso, la temporalidad de las prácticas humanas.

No se tiene la pretensión, de definir ni abordar la construcción de una sociedad, la intención es reconocerla como el espacio donde confluye lo construido históricamente a partir de las interacciones y vivencias humanas, y cómo en este espacio se constituye y se construye la identidad de sus integrantes y a la vez los integrantes al modificar dicho espacio se modifican ellos mismos. Trejo (2001), afirma que nuestros estilos de vida representan un complejo resultado de muchos factores personales, interpersonales, ambientales y sociales los cuales no solo se originan de nuestra situación actual sino también de nuestra historia y de factores hereditarios. Así que cualquier cambio en nuestro estilo de vida que queramos hacer debe involucrar la condición presente y nuestro proceso histórico.

Entendiendo que la sociedad está compuesta por una población de ambos sexos y de todas las edades, organizada para cumplir determinados propósitos, como lo son: mantener el funcionamiento biológico de los miembros del grupo, reproducirse para que el grupo tenga nuevos miembros y con ello perpetuarse, socializar a los nuevos miembros para que funcionen como adultos, producir y distribuir los bienes y servicios necesarios para la vida, mantener el orden dentro del grupo y entre el grupo y las personas ajenas a él, también cumple la función de darle y definir el significado de la vida y delinear el camino para la supervivencia, así como dedicarse a actividades necesarias para esta última. Además, la sociedad le otorga al individuo creencias, actitudes y formas comunes de actuar que tiende a compartir con los demás miembros. La sociedad es un sistema complejo donde los individuos que desempeñan un estatus-rol, socializan entre si

y es mediante esta interacción que aprenden normas y valores que se encuentran inmersos en nuestra cultura. (Sánchez y Zúñiga, 2007).

Por lo que en este espacio, se reconocen propiedades físicas y espaciales, claro está, pero sobre todo, se reconocen propiedades históricas, culturales, normativas, filosóficas, económicas, ideales, utópicas, etc. Este entorno o medio en que se crece influye en el comportamiento de las personas. Por lo que la descripción de la sociedad actual entra en escena cómo un objeto de análisis, sin embargo, no se puede suponer que es la misma para todos. La sociedad se conforma de diversos grupos humanos en los que existen elementos de identidad que los llevan a formar comunidades o grupos que son relativamente diferenciables entre sí. Las características propias de cada uno de estos grupos dan por sentado la capacidad que tienen para desenvolverse y reconocerse en el mundo en el que les tocó vivir (Romero, 2005). La diversidad cultural es creciente, sin embargo nuestra cultura tiene ciertas características entre sí.

Se debe tener bien claro que el hombre está sujeto a un espacio y tiempo que tiene que ver con la cultura y la sociedad en la que vive. Construye significados y significantes que lleva a la práctica y lo expresa de forma corporal, afectiva, cognitiva, social y/o espiritual. Entonces se tiene a un hombre en constante construcción, que vive en un mundo simbólico, inmerso en nuevas formas de control y homogeneización, la sociedad actual esta constituida por individuos libres. Lipovetsky (2008) nos dice que estamos en una sociedad posmoderna la cual es manifestada por una ideología individual, lo que habla de un proceso de individuación, que genera una multiplicidad de puntos de vista y una fragmentación de todas estas condiciones que han dado como resultado miles de redes que se ligan a otras redes y crean así individuos con intereses diversificados. Gergen(1991) dice que las categorías tradicionales de la vida se vuelven borrosas y sus límites poco diferenciados.

Dados los diversos y rápidos acontecimientos históricos, sociales y culturales que estamos viviendo, queda claro que ahora tenemos que referirnos a la cultura en plural, es decir, a los procesos multiculturales circunscritos al interior de la globalidad, o lo que últimamente se ha dado en llamar como las culturas transnacionales. De esta forma al hablar de las culturas al mismo tiempo e implícitamente aludimos a la gran diversidad de sus manifestaciones y prácticas, (Nateras, 2002a). Esto se debe también a que se está dando un cambio de sociedades: la moderna y la posmoderna. Lipovetsky (2008) dice que la posmoderna es aquella en que reina la indiferencia de la masa, donde domina el sentimiento de reiteración y estancamiento, en el que la autonomía privada no se discute, donde lo nuevo se acoge como lo antiguo, donde se banaliza la innovación y en la que el futuro no se asimila. La sociedad moderna era conquistadora, creía en el futuro, en la ciencia y en la técnica, se instituyó como ruptura con las jerarquías de sangre y soberanía sagrada, con las tradiciones y los particularismos en nombre de lo universal, de la razón de la revolución. Las posmodernas están ávidas de identidad, de diferencia, de conservación, de tranquilidad, de realización personal inmediata; se disuelven la confianza y la fe en el futuro, ya nadie cree en el porvenir radiante de la revolución y el progreso.

En la sociedad encontramos una multiplicidad de estilos de vida, por una lado hay personas que crecen con la época moderna: grupos homogéneos, intereses en común, ideologías que llevaban a querer seguir adelante en grupo, creen en las mismas religiones persiguiendo entre todos un mismo fin. Y por el otro, encontramos en el mismo espacio y tiempo a personas que viven una época posmoderna, donde se empieza a retroceder el significado profundo y se invita a pensar de una forma libre, alejada de lo real y lo racional. Y hay un tercer grupo de personas, que no es ubicable en ninguno de estos dos grupos, existiendo una crisis de nuestras verdades, valores y creencias. Esto ocasiona que se creen dualismos antagónicos. La cultura posmoderna es descentrada y heteróclita, porno y discreta, renovadora y retro, consumista y ecologista, sofisticada y espontánea, espectacular y creativa: el futuro no tendrá que escoger una de esas

tendencias, sino que, desarrollará las lógicas duales, la correspondencia flexible de las antinomias. (Lipovetsky, 2008).

Bauman (2004), menciona que nuestra sociedad actual emergió de la disolución radical de limitar a la libertad individual de elegir y de actuar, es producto de la desregularización de los mercados financieros, laboral e inmobiliario, la disminución de las cargas impositivas, de las técnicas de “velocidad, huida y pasividad”, en otras palabras, técnicas que permiten que el sistema y los agentes libres no se comprometan entre si, sino que se eludan en vez de reunirse.

Así la sociedad en que vivimos sufre cambios constantes, en esta, se hace latente la práctica de individualismo, pero al mismo tiempo se compone de personas que luchan y creen en las tradiciones y en el futuro, por esto no podemos afirmar que nuestra sociedad se caracteriza por tener un tipo de personas, al contrario, la conforma una basta gama de posibilidades y de redes que se unen y crean nuevas formas de vivir, fundando nuevas ordenes que tratan de reemplazar a los viejos y defectuosos proyectos de sociedad.

Estos contrasentidos en los que se vive a diario crea personas desequilibradas, debido a que la información que les llega está llena de incoherencias, lo que hace difícil voltear hacía un solo lado. Toffler (1973), indica que debe haber un equilibrio no solo entre los grados de cambio de diferentes sectores, sino también entre la velocidad del medio y la rapidez limitada de la reacción humana. Pues el shock del futuro nace de la creciente diferencia entre las dos. Por su parte, Luhmann (1997), menciona que se puede entender mejor a la sociedad actual en sus consecuencias y por eso tenemos preocupaciones del futuro. El espacio de experiencia y el horizonte de espera son dos conceptos que utiliza Romero (2005), para determinar o tratar de entender el desarrollo histórico de las generaciones. Uno es la experiencia compartida del entorno cultural de los individuos que se desarrollan en un mismo periodo de tiempo y espacio y el otro

es la idea de futuro y de expectativa histórica. Como lo menciona Ricoeur (2004), la imagen del futuro será siempre proporcional a las experiencias que tenga cada individuo.

En ese sentido, cabría preguntarse sobre las expectativas que se generan viviendo en un medio como el actual, que se caracteriza por ser cambiante de tiempo, espacio y sentimiento, y que genera sensaciones de desorientación cada día más grandes. La sociedad vive en insatisfacción constante por la pésima calidad del transporte público, el tráfico diario en las calles, el ambulante excesivo, la contaminación, crisis económicas, aumento de la inseguridad y delincuencia, que a su vez causan niños de la calle, mendigos, franeleros, sexoservidoras, etc. Ocasionando que se perciba la vida de forma desalentadora llena de frustración e irritación. Este sentir se ha convertido en algo cotidiano, natural y común.

Además de las circunstancias externas, la insatisfacción es producto del choque sobre la expectativa del sujeto con relación a su mundo y lo que el mundo mismo le proporciona para vivir y busca escapar de lo que la lógica marca en ese momento, provocando una ruptura entre lo que tienen y lo que quieren. Un ejemplo de la familia sobre esta situación lo encontramos en Bauman (2004), quien plantea las siguientes preguntas ¿Qué es una familia en la actualidad? ¿Qué significa? Por supuesto, hay niños, mis niños, nuestros niños. Pero hasta la progenitura, el núcleo de la vida familiar, ha empezado a desintegrarse con el divorcio. Abuelas y abuelos son incluidos y excluidos sin recursos para participar en las decisiones de sus hijos e hijas. Desde el punto de vista de los nietos, el significado de los abuelos debe determinarse por medio de decisiones y elecciones individuales.

Lo que se está produciendo hoy, es, por así decirlo, una redistribución y una reasignación de los poderes de disolución de la modernidad. Pareciera que los términos son los mismos (familia, amigos, vecinos, etc.) pero está cambiando la

forma en que son entendidos, creando miles de significados y prácticas que describen cada uno de éstos.

Describir el espacio urbano proporciona un conjunto de soportes característicos de la sociedad actual que influyen en la formación de una corporalidad. Asaltos, agresiones, violaciones y maltratos, son delitos cotidianos a los que las personas se han acostumbrado a vivir en la sociedad mexicana. Creando gente empobrecida, frustrada, insatisfecha, marginada y en desacuerdo con la época y lugar donde le toca vivir. El crecimiento urbano trae consigo un sin número de problemas de tipo social y económico como el desempleo, escasez de viviendas, contaminación y sobre todo la proliferación de la delincuencia. Los problemas que engendra la sobrepoblación son realmente alarmantes, vemos tierras que eran ejidales, de cultivo o haciendas convertidas hoy en día, en unidades habitacionales y nuevas colonias, personas de diversas entidades o municipios, diversidad de costumbres, valores y actitudes. Sánchez y Zúñiga (2007) mencionan que las viviendas tienden a ser pequeñas, con pisos, techos y acabados de espacios vitales que requiere el hogar, este hacinamiento trae consigo enfermedades, como tuberculosis, tos, diarrea etcétera. A su vez esta aglomeración trae deficiencias en los servicios como el abastecimiento de agua, electricidad e infraestructura, de manera que el entorno en que se vive influye en el estilo de vida y comportamiento de las personas, al ser difícil evitar estas deficiencias por el grueso de la población, genera insatisfacción.

Bauman (2004) dice que en la actualidad, las pautas y configuraciones ya no están determinadas y no resultan autoevidentes de ningún modo; hay demasiadas, chocan entre si y sus mandatos se contradicen. De manera que hay tantas formas de vivir esta sociedad, como el número de personas que la integramos.

1.2. Prácticas de una identidad individual.

El mundo es transitorio, todo cambia y se modifica continuamente, la sociedad es de consumo, se compra y se desecha lo adquirido rápidamente, ya que la mercancía adquirida tiene un tiempo de vida predeterminado, una vez transcurrido se desecha dicho aparato para adquirir uno más reciente. Lipovetsky (2008), menciona que estamos inmersos en una lógica individualista, sin embargo, el derecho a la libertad, en teoría ilimitado, pero hasta entonces circunscrito a lo económico, lo político, al saber, se instala en costumbres y en lo cotidiano. Flores (2002), afirma que la publicidad promueve productos para comer o tomar y consecuentemente la socialización y status del individuo, así como figuras estéticas a partir de un tipo de vestimenta, etcétera. De tal forma que la publicidad se convierte en uno de los medios con mayor uso político, económico e ideológico sobre el cuerpo humano sin pensar en las repercusiones en la salud derivadas de tales promociones corporales.

En la televisión y radio somos atacados y bombardeados con olas de información que dan mil alternativas de vida. Cada uno de estos comerciales o anuncios buscan incluirte o identificarte con ellos para crear un círculo de narcisismo colectivo, logrando satisfacer las necesidades que tienen las personas de agruparse para darle mayor valor y sentido a lo que viven. Los medios de comunicación difunden maneras de hablar, pensar, sentir y vestir. Las imágenes que se difunden presentan una forma de exhibir al cuerpo. De tal forma que se vive en una sociedad en donde las personas acostumbran a observar, hacerse notar, ver y distinguir para mostrar este individualismo corporal y satisfacer algunas necesidades psicosociales.

La televisión y revistas divulgan formas de apropiarse de imágenes para parecer más atractivos. Encontramos tintes, cortes, productos fijadores para el cabello, perfumes y labiales. Para ser libres proponen consumir cigarrillos, autos, vestimenta, anillos, aretes, peinados, tatuajes etcétera. La esbeltez es promovida

por los medios de comunicación, las personas “bonitas” son extremadamente delgadas, usan cierto tipo de ropa. Esto lleva a la sociedad a diversas prácticas como dietas, ejercicios, medicamentos, pastillas para adelgazar etcétera. Que a su vez trae consecuencias como estados de desnutrición y enfermedades actuales como anorexia o bulimia. Flores (2002), afirma que la elección de un alimento no se hace para nutrir al cuerpo, sino más bien por factores socioculturales, la mayoría de las personas acuden a los puestos circundantes de su escuela o trabajo donde consumen garnachas (gorditas, pambazos, sopes, quesadillas) y esa imagen esbelta, no se conseguirá con estos hábitos, y esto sucede con muchas de las demandas que son promovidas en los medios masivos de comunicación. De manera, que el estilo de vida e imagen que promueven estos medios, son muy difíciles de conseguir por el grueso de la población, lo que genera filtración e insatisfacción.

Las personas insatisfechas con lo que les está tocando vivir (ya sea en la política, las escuelas o trabajos, con las reglas, la moralidad, y toda esta lógica que da la ideología) buscan escapar, en el momento en que se encuentran atrapados en esta ideología y no quieren seguir con lo que esta lógica les marca, entonces hay una ruptura entre lo que tienen y lo que quieren. La forma de salir es creando nuevas formas de vivir. Las personas quieren cambiar y ven una salida en las utopías que ellas mismas forjan, es decir, al no estar de acuerdo con lo que se vive, al encontrarse en un momento en que la ideología en la que crece ya no es suficiente y no es capaz de dar sentido a tu vida, comienza una ruptura, choque o fractura entre lo que se vive y lo que se quiere. El entusiasmo que podría suponer cierta ideología ya no existe, ni ese movimiento de masas que generaba el creer en algo, ya no hay un futuro cierto, ni un pensamiento homogéneo hacia una mejoría, estas utopías marcan la diferencia entre las lógicas pasadas de homogenización, en donde todos buscaban un mismo fin.

Así se encuentra una sociedad que ha elegido tener individuos libres, sin embargo, no logran estar exentos de la manipulación de los contextos históricos,

sociales y culturales. El hombre al encontrarse inmerso en un mundo de redes (sociales y culturales) resultado de esta fractura de ideologías y la creación de múltiples utopías, pretende legitimar su discurso, su utopía. Si se logra legitimar la utopía, se convertirá en ideología. Pero en un mundo que es transitorio, donde todo cambia y se modifica continuamente, la sociedad es de consumo, se compra y se desecha lo adquirido rápidamente, y de la misma manera, en que ya no podemos definir con confianza optimismo qué es el arte, ni caracterizar un buen diseño arquitectónico, ni distinguir hechos de la ficción, ni reconocer los distintos géneros musicales, tampoco, podemos distinguir una utopía, una idea, una filosofía. Todo se consume y se abstrae de manera inmediata, imposibilitando el entendimiento del medio y tiempo en que vivimos.

Lo que ayer fue una utopía, hoy se ha convertido en una ideología, parcialmente legitimada, mal entendida y velozmente desechada. De esta forma encontramos emociones y relaciones sociales respondiendo a un modelo de consumo caracterizado por cosas efímeras. Se consumen cuerpos e imágenes que son producto del mercantilismo y la exaltación de la forma. En ese sentido, cada persona se ve inmersa en miles de significados distintos y conforme se va apropiando de éstos, se individualiza cada vez más. Lipovetsky (2008) menciona que la última figura de individualismo no reside en una independencia soberana asocial sino en ramificaciones y conexiones en colectivos con intereses miniaturizados, hiperespecializados; agrupaciones de viudos, de padres de hijos homosexuales, de alcohólicos, tartamudos, madres lesbianas, bulímicos.

Al respecto Toffler (1973), menciona que los productos que compramos y los que rechazamos, los sitios que dejamos atrás, las corporaciones en que vivimos, las personas que pasan cada vez más de prisa por nuestras vidas, sondan el futuro de la amistad y de la vida de familia. Investigan extrañas y nuevas subculturas y estilos de vida, junto con una serie de temas diversos desde la política y los campos de deportes hasta los vuelos espaciales y el sexo, todo esto trae consigo una corriente de cambio tan poderosa que derriba instituciones,

trastorna nuestros valores y arranca nuestras raíces. por ejemplo: el uso de iPod o celulares con audífonos como instrumento de aislamiento con el mundo social; paradójicamente el cultivo de la amistad o del amor por vía Internet si bien acerca al sujeto, también desobliga a los sujetos para construir encuentros cara a cara; la práctica de la tolerancia es un ejercicio legítimo de reconocimiento del sujeto o sujetos sobre sus prácticas culturales, sin embargo, también paradójicamente generan sujetos o comunidades vueltas al monólogo y no al diálogo, es decir, que el derecho a ser como a uno se le antoje en múltiples ocasiones promueve más una actitud autista que de convivencia, ya que el hombre esta formado por un sin fin de símbolos y significados históricos, personales y sociales. Estos crean comportamientos colectivos y personales debido a que la cultura y la sociedad moldean las conductas, pensamientos y sentimientos.

La forma en que las personas se perciben tiene que ver con los significados que le dan a su contexto. Esta apropiación de los significados da individualidad. El hombre que busca individualidad no está acostumbrado a vivir solo, necesita de las demás personas, así se crea lo que Lipovetsky (2008), llama narcisismo colectivo: Nos juntamos porque nos parecemos, porque estamos directamente sensibilizados por los mismos objetivos existenciales. El narcisismo no solo se caracteriza por la auto absorción hedonista sino también por la necesidad de reagruparse con seres idénticos, sin duda para ser útiles y exigir nuevos derechos, pero también para liberarse, para solucionar los problemas íntimos por el contacto o lo vivido, el discurso en primera persona; la vida asociativa. El narcisismo encuentra su modelo en la psicologización de lo social, de lo político, de la escena pública en general, en la subjetivación de todas las actividades de antaño impersonales u objetivas. El narcisismo no se identifica con la falta de compromiso político del momento; más ampliamente corresponde a la descrispación de las posturas políticas e ideológicas y a la sobrevaloración concomitante de las cuestiones subjetivas.

La memoria colectiva ayuda a conseguir una cierta identidad social. Las personas se apropian de algunos hechos del pasado y los convierten en elementos centrales de la identidad, aunque ello sea a costa de forzar la imagen de la historia hasta que resulte positiva y se la pueda hacer encajar con las aspiraciones y deseos del momento actual (Morales, Gaviria, Moya, Cuadrado, 2007). Estos actos de individualidad se pueden manifestar en la construcción del cuerpo. Así las personas deciden qué hacer o qué no hacer con él. Creando una multiplicidad de estilos de vida que dan origen a la formación de la corporalidad. La percepción que se tiene de uno mismo se llama autoconcepto y éste no incluye solamente los esquemas que tenemos de nosotros mismos, sino también en quien nos podríamos convertir. Myers (2005), señala que nuestros posibles yoes incluyen la imagen del yo que anhelamos ser, es decir, el yo rico, el yo delgado, el yo amado y que ama apasionadamente. También incluye el yo en que tememos convertirnos, esto es, el yo desempleado, el yo no amado, el yo académicamente fracasado. Estos posibles yo nos motivan con metas específicas para la imagen de la vida que deseamos.

Bauman (2004), menciona que hoy lo que da ganancias es la desenfrenada velocidad de circulación, reciclado, envejecimiento, descarte y reemplazo – no la durabilidad ni la duradera confiabilidad del producto. Los encumbrados y poderosos de hoy, son quienes rechazan y evitan lo durable y celebran lo efímero, mientras los que ocupan el lugar más bajo – contra todo lo esperable- luchan desesperadamente para lograr que sus frágiles y efímeras posesiones duren más y les rindan servicios duraderos.

Esta desintegración social de múltiples redes y significados es víctima del poder y del imaginario colectivo, el cual será tratado a fondo en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO 2.

LA CONSTRUCCIÓN DEL CUERPO: DEL ÓRGANO AL SÍMBOLO.

2.1. Qué es el cuerpo.

El cuerpo actual es el resultado de una historia de explotación debido al desarrollo político, económico, social y cultural, consecuencia de las características que conforman a la sociedad. Va más allá de ser la materia orgánica que constituye al ser humano, es una vasta gama de conocimientos, creencias, actitudes y hábitos en el que se vive, crece y actúa. Trasciende de lo biológico, modificándose para aproximarse a estilos de vida que la cultura marca. Es una amplia gama de posibilidades sujeta a contextos sociales y culturales, es decir hablar de cuerpo es hablar de cultura y sociedad, de ideologías y utopías.

El cuerpo está cruzado por un orden social que lo hace ser más que un organismo biológico. Basta revisar las formas de vestir, nutrir, curar y representarlo en las diversas culturas y a lo largo de la historia. Flores (2002), afirma que el cuerpo se constituye como una entidad en la que se materializan procesos culturales desde la política, la economía hasta una ideología y una manera de relacionarse con el mundo constituyéndose como una fuente de información que rebasa a la concepción biologista y mecanicista del cuerpo humano.

Reisfeld (2004), menciona que el cuerpo nos remite a una dimensión histórica atravesada por las ideologías y diferentes concepciones elaboradas acerca de él a lo largo del tiempo. Habitualmente concebido como lo tangible y aparente del individuo, puede ser designado como el aspecto somático orgánico o físico. Sin embargo, el cuerpo trasciende su realidad anátomo- fisiológica y también se halla incluido en el orden de la cultura. Y al hablar de cultura en tanto producción simbólica, encontramos la intrincada relación, siempre presente, entre el cuerpo y la psique.

El espacio que brinda el cuerpo genera individualidad y sirve para manifestar algo a los demás. Este sitio disponible (cuerpo) pretende mostrar, aportar y expresar algo al mundo fragmentado en que vive. Al respecto Romero (2005), menciona que un espacio donde se ve reflejado el sentir de la generación es el propio cuerpo, al que algunos lo hacen funcionar también como un mural andante a través de los tatuajes y las perforaciones, de esa forma manifiestan una actitud ante la vida, buscan una identidad dentro del caos mundial o simplemente se dejan llevar por el mismo.

En la actualidad el cuerpo es de gran interés, ya sea para la moda, las dietas, la cultura Light, las perforaciones, los tatuajes, etc. El cuerpo humano es parte de la creación artística, desnudo o vestido se trata de mostrar la belleza corporal, se

convierte en un espacio privilegiado para el creador, para la producción artística. (Romero, 2005)

López (2000), menciona que los avances tecnológicos como la radio y televisión buscan infundir en el pensamiento de las personas, vendiendo productos que garanticen el cubrimiento de las necesidades personales, sin embargo este objetivo lleva a dos fines; uno vender el producto y otro dejar impregnado al público una imagen corporal "ideal", creando así una forma objetiva y social de valorar al cuerpo.

Lo anterior tiene que ver con los papeles que adoptamos: maestro, padre, estudiante, etcétera y como nos apropiamos de estos, convierte esta representación de "yo soy" en un papel real. Esta identidad personal está ligada con lo social y responde a la pregunta de quién es uno (raza, religión, género). Cuando este grupo es conformado por varias personas entonces nos volvemos conscientes de nuestra identidad social. Esto quiere decir que el pertenecer a una cultura nos delimita en cierta forma quienes somos, el que veamos belleza en adornar al cuerpo depende de cuándo y donde vivimos. La variedad de nuestra forma de pensar, usos y comportamientos indica que estamos programados a través de la sociedad.

Es así que nuestra realidad corporal, viva y concreta es aprehendida cotidianamente de nuestras experiencias, sensaciones, afectos y actos personales cuya significación corresponde a la cultura que nos nutrió. Bernard (1985) afirma que el cuerpo que vivimos no es nunca verdaderamente y por entero nuestro, así como tampoco es nuestra del todo la manera en que lo vivimos.

La experiencia personal de cada cual está penetrada de parte a parte por los demás y por la sociedad, que ha de entenderse como fuente, órgano y apoyo de toda cultura. De cierta manera y paradójicamente, siempre es más o menos esa sociedad la que se mira, la que se experimenta a sí misma y obra sobre sí misma

por medio del cuerpo vivo que le ofrecemos y a la cual ella permite nacer, crecer, educarse, conservarse y florecer.

2.2. Cuerpo Imaginario Colectivo

La manera en que vamos eligiendo la forma de conocer, creer, actuar y las prácticas de nuestro cuerpo depende del imaginario colectivo. Por un lado tenemos un cuerpo cruzado por un orden cultural que delimita las formas de vestir, nutrir, curar y representarlo. Por el otro poseemos todas esas expectativas, deseos y mundos imaginarios que rebasa la construcción ideológica integradora del cuerpo para construirlo a partir de utopías.

Hablar de un cuerpo histórico y cultural, de personas donde las experiencias subjetivas y objetivas se cruzan entre sí, describe al cuerpo del imaginario colectivo. En donde las prácticas, instrumentos, significados y simbolizaciones entorno al cuerpo tanto en lo deseable o realizable son características del imaginario colectivo.

Un cuerpo ideológico es aquel que está manipulado y controlado, se encuentra en una creencia colectiva, se representa a través de una idea, de una imagen idealizada que fortalece, refuerza, preserva y conserva al grupo social tal y cómo es.

Un cuerpo utópico proyecta algo imaginario, cuestiona la preservación y conservación de la realidad, es un cuerpo pensado desde otro punto de vista, otro modo de ser, otra forma de vivir. En ocasiones carece de reflexión y se ve más como un discurso loco acompañado de desprecio por la lógica.

Estas formas de vivenciar el cuerpo nos delimita dónde y cómo nos situamos. Depende de cada persona las decisiones y formas de apropiarse de los contextos.

Piña (2004), menciona que un cuerpo modificado es una posibilidad entre tinta y metal, en donde se van construyendo los valores, prácticas, discursos, actitudes, representaciones y autorrepresentaciones que dan sentido a la realidad, construyendo así su identidad individual y colectiva que representan a la sociedad. Y este cuerpo modificado, como lo llama Piña (2004), será ideológico o utópico en la medida en que te vayas apropiando de él y del mundo en que está inserto.

2.2.1. Imaginario Colectivo

La forma en cómo nos situamos en la historia para poder dirigir nuestras experiencias depende del imaginario colectivo. Por un lado están las tradiciones heredadas del pasado que son todas las formas y costumbres que nos enseñan en la sociedad donde crecimos y por el otro las expectativas dirigidas hacia el futuro que tiene que ver con lo que esperamos para nosotros. Estos dos fenómenos nos delimitan donde nos situamos y depende de nuestra imaginación y de la forma de ser de cada persona cómo se apropian de las situaciones. Esta imaginación puede ser individual, colectiva o ambas y actúa bajo la forma de utopía o ideología.

A continuación se explica qué es la ideología y la utopía dando niveles de análisis propuestos por Ricoeur (2004), en los que pretendo explicar la forma en que las personas se apropian de los contextos, ya sea desde el fortalecimiento o preservación de un grupo social o el desprecio por la lógica desvaneciendo la realidad en expectativas y esperanzas irrealizables.

Ideología.

La ideología es el proceso de distorsiones mediante los cuales nos ocultamos a nosotros mismos, el modo de pertenencia a las diversas comunidades en la que vivimos y participamos. Esta ideología establece ciertas condiciones sociales, con privilegios e injusticias que incluye.

La ideología según Ricoeur (2004) tiene 3 niveles de profundidad:

El primer nivel es nombrado de distorsión o disimulo, tiene que ver con el análisis de las ideas formadas por el espíritu humano, a su vez produce una imagen invertida de la realidad. Un ejemplo es la religión, la cual constituye un proceso de prácticas mediante las cuales la vida real (praxis) es falsificada por la representación imaginaria que las personas hacen de ella. Es una imagen falseada y disfrazada para disimular la vida real, la cual trata de descender las ideas de un cielo imaginario a la tierra de la praxis. Este primer nivel es la relación del mundo de las representaciones “disimuladas o distorsionadas” con el mundo de la praxis de la vida real.

El segundo nivel es noción de legitimación del poder, justifica la dominación recurriendo a nociones capaces de pasar por universales, es decir validas para todos nosotros. Hace uso de la retórica o de la función del lenguaje, produce, crea y provee de ideas pseudouniversales. Esta forma de comunicación crea cierta dominación en las personas que conforman las sociedades. Ninguna sociedad funciona sin normas, reglas y simbolismos sociales, para esto se requiere de un discurso público que de legitimización a la autoridad.

El tercer nivel es de integración y convicción de acontecimientos, en el cual se difunde una convicción. Trata de una estructura simbólica de la memoria social, en otras palabras aquí la ideología son esos acontecimientos fundadores, institutores y constitutivos de la memoria social o sea de la identidad misma de la comunidad. Ejemplificando un poco este nivel ideológico, son todas aquellas ceremonias conmemorativas gracias a las cuales una comunidad cualquiera actualiza en cierto modo los acontecimientos que considera funcionales de su propia identidad, una ceremonia cívica, el día de la bandera, el natalicio de Benito Juárez, etc. que difunden, requieren y constituyen nuestra memoria social dándonos identidad.

Entonces la función de la ideología es la de servir de enlace para la memoria colectiva, unir acontecimientos inaugurales valorizados debido a que son fundadores de la memoria de las personas con el objetivo final de dar creencias al grupo entero. Esto crea que los grupos sociales se mantengan de pie, adquiriendo consistencia y permanencia gracias a la imagen estable y perdurable que se da de la sociedad. Esta imagen estable y perdurable expresa el nivel más profundo del fenómeno ideológico.

Utopía.

La utopía es una fuga de lo real, tiene que ver con las creencias de cada persona. Es una forma de soñar la acción evitando reflexionar sobre las posibilidades de apropiarse o introducirse a situaciones actuales. En contra parte con el tercer nivel de la ideología (el integrador), el primer nivel de la utopía pretende y propone una sociedad alternativa. Sea dentro de la familia, economía, política o religión. Creando así personas promiscuas, orgías sexuales, consumo suntuoso, ateísmo, etc.

En el segundo nivel pone en juego la manera de ejercer el poder en cada comportamiento de la vida social. El otro lugar, el otro modo de ser en variantes imaginarias sobre el poder, ya sea familiar, doméstico, económico, social, político, o cultural. Creando así un distanciamiento entre lo imaginario y a lo real, lo cual crea una amenaza para la estabilidad y permanencia de la realidad. Debido a lo anterior la utopía tiene debilidades, ya que existe ausencia de toda reflexión de carácter práctico, político y nos hace dar un salto y observar hacia otros lugares con gran riesgo de caer en un discurso loco. La mentalidad utópica en ocasiones va acompañada por desprecio por la lógica e incapacidad para realizar cosas reales y existentes.

En el tercer nivel la utopía es una patología y se revela inversa de la ideología, consiste en una locura afín a la ilusión, el disimulo y el engaño, hace

desvanecer lo real en beneficio de esquemas perfeccionistas y límites irrealizables. Es una lógica loca en donde lo deseable nunca va poder ser realizable según la lógica de acción. Esta lógica conduce algunos a huir hacia la escritura, encerrarse en la nostalgia del paraíso perdido o a matar sin discriminación. Las expectativas de las personas nunca podrán fusionarse al campo de experiencia o acción, la esperanza siempre tomara su distancia con la tradición.

Entonces la función de la utopía es proyectar algo imaginario fuera de lo real, en otro lugar u otro tiempo. Es así como cuestiona la preservación y conservación de la realidad. Es una forma de pensar en otro modo de ser de lo social, otra manera de apropiarse de las cosas, de organizar la vida política, de vivir la vida religiosa.

Sin embargo la ideología y la utopía son complementarias en razón de sus intercambios mutuos. La ideología no puede existir sin la utopía, la primera tiende hacia una integración mientras que la segunda hacia la errancia, sin embargo la ideología más fuerte introduce desvío y distancia. Como consecuencia crea algo potencialmente utópico y por otro lado la forma más errática de la utopía en la medida en que se mueva hacia lo humano se convierte un tanto en ideología. Por esto resulta difícil decidir si un modo de pensar es ideológico o utópico. Es cuando haciendo uso del imaginario colectivo dirigimos nuestras experiencias delimitando en donde deseamos situarnos y dependiendo de nuestra imaginación o de la forma de apropiarnos de las diversas situaciones.

2.2.2. Cuerpo ideología

Como se mencionó, el cuerpo ideológico está manipulado y controlado, las prácticas corporales son las que fortalecen la identidad del grupo social, se encuentran en una creencia colectiva y dan lugar a una imagen idealizada que refuerza, preserva y conserva a la sociedad. Estas prácticas corporales legitiman

las representaciones simbólicas, los discursos sobre él, las formas de vivir y de morir, de sentir y de relacionarse con las demás personas; es decir dan símbolos y significados que integran a la sociedad, creando un cuerpo que da pertenencia en el mundo social, garantiza el respeto mutuo y compartido de todas las personas que forman al mismo grupo.

Se puede observar un cuerpo ideológico desde los 3 niveles que propone Ricoeur (2004): Primer nivel: El cuerpo de distorsión o disimulo. Encontramos a un cuerpo definido por prácticas e ideas espirituales. Un cuerpo con cierta manera de hablar, pensar, sentir y vestir. Habitado a comer en ciertos momentos y de ciertas maneras, prefiere ciertos tipos de comida y comerlos en cierto orden, viste de un modo que su grupo lo aprueba y aprende a conducirse de cierta manera. Un cuerpo religioso que incluye creencias y prácticas basadas en una concepción de lo sagrado, manteniendo el control y la cohesión social. A su vez, lleno de valores culturales normativos que designan lo deseable, colmado de principios amplios que sirven de base a las creencias, con proposiciones abstractas de cómo deben de ser las cosas.

Segundo nivel: El cuerpo desde una noción de legitimización. Es un cuerpo inmerso en normas y reglas sociales, creencias y emociones de los miembros de una sociedad que regula el comportamiento y la experiencia de los miembros de un grupo. Aquí el lenguaje es un factor fundamental, ya que permite a los miembros de una sociedad comunicarse simbólicamente, es un mecanismo muy importante de reproducción cultural ya que asegura la transmisión de una cultura de generación en generación. La publicidad juega un papel preponderante pues gracias a ésta se podrá cultivar un consumo de una imagen del cuerpo (figuras estéticas, vestimenta). De esta forma el cuerpo se convierte en uno de los medios con mayor uso político, económico e ideológico. Es un cuerpo restringido que se esfuerza por perpetuar las tradiciones. Las personas se apropian de algunos hechos del pasado y los intentan dotar de significado.

Tercer nivel. El cuerpo de integración y convicción de acontecimientos. Se observa todo un simbolismo de la memoria social, el cuerpo adornado para ceremonias cívicas, perteneciente y reconocido en una clase o en un grupo. Así el cuerpo es un espacio en el que se puede ver la memoria colectiva. Describe una imagen estable y perdurable de la sociedad, llena de distorsión o disimulo, con nociones de legitimización y en ocasiones integrado y adornado debido a la convicción de acontecimientos.

2.2.3. Cuerpo utopía.

El cuerpo utópico como ya había señalado, proyecta algo en el imaginario de las personas, cuestiona la realidad y es pensado desde otro punto de vista, otra forma de ser y de vivir. A menudo carece de reflexión caracterizado por locura y acompañado de desprecio por la lógica. Está lleno de actos de individualidad que tienden a proyectar algo imaginario y no permiten concretar las formas sociales impuestas. Estos hechos dejan ver en la construcción del cuerpo, un sujeto que decide cómo romper con la lógica tradicional y controlada.

Una forma de justificar esta utopía es observar cómo en las zonas urbanas hay bastantes modelos ideológicos divulgados que responden a discursos, en el momento en que estos modelos no llenan nuestro razonamiento se crean ciertas expectativas y esperanzas que marcan una lógica loca de lo deseable para nuestro cuerpo. También tiene que ver con los antecedentes y la experiencia previa de las personas.

El cuerpo desde el primer nivel de la utopía propone alternativas ya sea familiares, políticas o religiosas. En nuestra sociedad crea conductas; promiscuas, incesto, orgías sexuales, consumo suntuoso, ateísmo, divorcio, etcétera. Aunque las prácticas utópicas pueden ser asignadas de acuerdo a un contexto particular; de modo que el incesto puede ser una práctica utópica en un contexto, pero no en

otro, la monogamia, por ejemplo: puede ser una práctica utópica si en el contexto en que se produce la práctica generalizada es la poligamia.

El cuerpo desde el segundo nivel de la utopía no acepta normas ya que le parecen arbitrarias y restrictivas. Aunque finalmente romper las normas sociales conlleva algún tipo de sanción o forma de retribución utilizada por el grupo cuando hay violaciones o desviaciones. Las sanciones pueden ser moderadas o duras, esto depende de la importancia que la norma tenga para el grupo. Por lo mismo, los límites de conducta permisible relacionados con ciertas normas pueden estar sumamente restringidos o ser muy amplios, dependiendo de la importancia de la norma para el grupo. Este cuerpo tiene modos imaginarios de ver el poder familiar, doméstico, económico, social, político y cultural. Crea distanciamientos entre lo imaginario y lo real, es una amenaza para la estabilidad y permanencia de la realidad. La mentalidad utópica va acompañada de soledad, depresión, estrés y suicidio. Ausente de toda reflexión y acompañada por desprecio a la lógica.

El cuerpo desde el tercer nivel de la utopía es afín a la ilusión, el disimulo y el engaño. Esta inscrito en una lógica loca en donde lo deseable nunca va poder ser realizable. Esto lo induce como anteriormente había mencionado, a huir hacia la escritura, encerrarse en la nostalgia del paraíso perdido o a matar sin discriminación. Los asesinatos, las violaciones y demás actos son sancionados con sentencias más concretas y explícitas, este cuerpo esta sujeto a la burla pública a la desaprobación verbal y al rechazo. El rehusarse a aceptar las normas del grupo y no conformarse a ellas provoca una severa reducción en la cantidad de comunicación dirigida hacia la persona. Finalmente queda en virtual aislamiento.

Sin embargo sería un error hablar del cuerpo fragmentado, sea utópica o ideológicamente. Conforme vas conociendo, creyendo, actuando y practicando tu corporalidad, caes en modelos que varían de un lado a otro y de un nivel a otro, lo cual depende del imaginario colectivo. El cuerpo ésta cruzado por la cultura la cual

nos delimita, pero también por expectativas y deseos. Las prácticas, significados y simbolizaciones son características del imaginario colectivo. El cuerpo es ideológico o utópico en la medida en que te vayas apropiando de él.

El hombre al encontrarse inmerso en un mundo de redes sociales y culturales, resultado de esta fractura de ideologías y la creación de múltiples utopías, pretende legitimar su discurso. Si se logra legitimar la utopía, se convertirá en ideología. Pero en un mundo que es transitorio, donde todo cambia y se modifica continuamente, no podemos reconocer con confiado optimismo una de la otra. En la plasticidad de las prácticas corporales hay un péndulo que va de las prácticas ideológicas a las utópicas y que evidencia una complejidad: la de afirmar si un cuerpo es utópico o ideológico; o se mueve en una multiplicidad de matices que impiden la identificación de lo utópico o ideológico, antes bien, nos anuncian la formas complejas en que el sujeto construye significados y prácticas, al mismo tiempo y paradójicamente, con las que construye y significa su mundo experiencial. Se puede pensar que el sujeto y sus prácticas no es lo uno ni lo otro, puede, y generalmente lo es, ser lo uno y lo otro al mismo tiempo, y a pesar de ello, o precisamente por ello, encontrarle sentido a su vida; el tatuaje es producto de ello.

Lo que ayer fue una utopía, hoy se ha convertido en una ideología, Este proceso no es estático ni único, se encuentra en constante debate y disputa dentro de un proceso permanente de negociación y depende de valores, prácticas, creencias, actitudes y discursos, entre otros, si se ubican dentro de la ideología o utopía. En este sentido la forma en que se construye la ideología y la utopía tiene que ver con el contexto de los sujetos, con su historia personal y lugar social.

El cuerpo es plurisignificado y plurisignificante, por lo tanto no se puede entender en fragmentos solo utópicos o solo ideológicos, se juega en ambos procesos a la vez.

CAPÍTULO 3.

LOS TATUAJES

3.1. Las imágenes en el imaginario colectivo

En un momento como el actual, las dimensiones ideológicas de la corporalidad están marcadas por la cultura de la imagen en una sociedad de consumo. Las imágenes se consumen como mercancías donde se producen los intercambios simbólicos, comunicativos, emocionales, sexuales, etc. El cuerpo imaginario ha sido tallado por la ciencia y la técnica de la época, promocionado a través de la publicidad, imponiendo diversos modelos que pueden elegir los jóvenes (y todas las personas que conforman a la sociedad) de hoy, siguiendo una imagen como un ideal máximo, tanto para mujeres como para hombres. Jaramillo (2002), afirma que las personas atendemos a los imaginarios culturales que nos impone la cultura dominante que nos masifica y nos enloquece. Al respecto, Alcoceba

(2007), menciona que el cuerpo en nuestra sociedad aparece como una construcción simbólica sobre la que se ejerce una influencia social, cultural, y al mismo tiempo aparece como medio y espacio desde el que se fijan los códigos éticos y estéticos que predominan en lugares y momentos históricos determinados.

Sin embargo este cuerpo existe en una realidad que se vive de forma fragmentada, la identidad tiende a diluirse y a explicarse en un complejo de relaciones, en donde las imágenes cambian al igual que los objetos. Los individuos también van cambiando al mismo tiempo y se van apropiando de su cuerpo y de los espacios donde interactúan con las demás personas, ante todos estos cambios sociales, los lenguajes también mutan y se adaptan a los nuevos tiempos, por esto se observan nuevos usos de la corporalidad y sus lenguajes. Las identidades sociales se construyen como imaginarios producidos de forma relacional; aunque pudieran aparecer como principios individuales subjetivos, la realidad es que sólo se definen y explican en relación con los demás: en lo que compartimos, en las similitudes y las diferencias. Debido a esto, Alcoceba (2007), asevera que la construcción de identidades manifestada en el lenguaje de la corporalidad remite al uso del cuerpo como objeto y/o espacio de interacción simbólica entre los diferentes actores sociales. Cada sociedad establecerá por tanto los marcos para la relación y para la acción social, que incluirá el valor que en cada momento se le concederá a la corporalidad en dichas relaciones.

Muchas de las prácticas corporales que existen están latentes desde hace miles de años, por ejemplo; el homo sapiens, hace cuarenta mil años atrás comenzó a conocerse a sí mismo por las vibraciones de las cuerdas vocales, pero también por una imagen y semejanza. De tal manera que comienza asentarse una conciencia corporal que se representó con símbolos característicos, personificando al ser humano, su presencia, su entorno y continuidad, (Leite, 2008). Esto nos deja claro que desde siempre se ha tratado de comunicar un hecho real o imaginario, ya sea a través del lenguaje hablado o simbólico, siendo

las paredes testigos del paso del hombre y sus quehaceres en este mundo. Romero (2005), menciona que las pinturas rupestres podrían ser un ejemplo de la necesidad del ser humano para abstraer una parte del entorno y plasmarlo para el conocimiento o reconocimiento de los otros. Mientras que García (1997), dice que la aparición de pinturas rupestres son las representaciones simbólicas de la realidad de aquel entonces.

De este modo una imagen grabada puede asegurar el vínculo entre lo visible y lo invisible, un mediador entre el hombre y los seres divinos, los infernales y sus semejantes. El grabado dejó ver la cara oculta del hombre y a su vez sirvió para enfrentar de manera permanente esa incertidumbre (Uriarte, 2007). En ese sentido, Gruzinski (2006), menciona que desde que Cristóbal Colón pisó las playas del Nuevo Mundo, se planteó la cuestión de las imágenes. Sin tardanza los recién llegados se interrogaron sobre la naturaleza de las que poseían los indígenas y pronto la imagen constituyó un elemento de referencia, de aculturación y de dominio. Posteriormente la conquista europea trajo consigo un nuevo mundo de imágenes y de significados, las cuales se fueron modificando, ampliando, omitiendo, transformando y variando al ritmo que los estilos, maneras, formas y condiciones de vida avanzaron.

En la actualidad las imágenes siguen la misma lógica de elementos de referencia. Se transmiten como representaciones personales del primero de los elementos que fijan nuestras interacciones, la apariencia. La apariencia establece un proceso de mediación entre el yo íntimo y el yo social; es decir, sobre la fachada externa con la que presentamos nuestro cuerpo se muestra o se vislumbra parte de nuestro mundo interior. La apariencia en este sentido sólo puede ser entendida en su significado social, en el desarrollo de las interacciones que se producen con los otros en el interior del grupo a partir del uso comunicativo que hacemos de nuestro cuerpo desde el primer contacto visual. Como apunta Martínez (2004), el cuerpo, es el primer signo mediador en la nueva relación social; pues es aquello con lo que nos presentamos. Gruzinski (2006), menciona

que el mismo derecho de la palabra y la escritura, a su propia manera, la imagen puede ser el vehículo de todos los poderes. Las tensiones y relaciones que se establecen entre ideología y corporalidad permiten la autoafirmación de los individuos en entidades grupales diferenciadas. A través de nuestra apariencia iniciamos todo un mundo de relaciones, el cuerpo habla por nosotros a partir de los signos que remiten en cada sociedad a categorías identitarias determinadas. Nuestra forma exterior se vuelve fundamental para determinar la interior y construir así nuestra identidad (Alcoceba, 2007).

En nuestras sociedades occidentales actuales, los mensajes corporales están dominados por instancias como los medios de comunicación masivos, por la publicidad, por las modas y las dinámicas de consumo. Para ello, como lo mantienen Castrillón y Velasco (2002), se utilizan mensajes verbales y visuales que ostentan una neutralidad, logrando instituirse en la sociedad, inscribiendo implícitamente una normatividad sobre lo deseable, marcando lo que es prestigioso, presentando una posición, un lugar, en sí una identidad construida en la retórica de la mercancía. El cuerpo humano es modelo de múltiples modificaciones y los tatuajes son parte de dichas modificaciones, aunque esta práctica es muy antigua, en la actualidad se ha hecho más frecuente y al parecer está perdiendo el sentido primitivo originario de las sociedades tribales del refuerzo identitario, sin embargo tatuar el cuerpo sigue siendo crear algo eterno, algo que no se modifica con el tiempo, ni va a dejar de servir en unas semanas o en unos años, es plasmar en el cuerpo una imagen que es escogida dependiendo de tu contexto social, cultural y personal (tu pasado) para que te recuerde siempre (tu presente) de dónde vienes o tal vez a dónde vas (futuro) o tu historia de vida. En otras palabras un tatuaje es un símbolo escogido de acuerdo a tu pasado, tu vida, experiencias, contextos, los cuales van a predeterminar qué imagen te vas a tatuar, la cual te dará una visión del pasado, mostrará tu presente y seguramente te ayudara a definir cierta parte de tu futuro.

3.1.1 ¿Qué es el tatuaje?

Se llama tatuaje a toda práctica que implique la penetración de tinta o pigmento bajo la piel. Tatuar es alojar en el cuerpo, urgir la piel, cifrarla, pintar su interior. También es trazar, cavar, explorar. Es dibujo, a veces color bajo la piel siguiendo un dibujo. Es grafía con la que los pigmentos escriben el significante deseado. El tatuaje se vuelve un dibujo indeleble trazado en el cuerpo y siempre tiene un relato detrás. (Nachon&Sasturain, 1997). Por otro lado, Uriarte (2007), dice que el termino tatuar es para expresar el acto de marcar en la piel humana puntos, líneas o sombras para presentar figuras reales, imaginarias o abstractas. La palabra Tatuaje procede de la antigua lengua de Tahití, donde esa práctica se denominó tatan; acto de dibujar. Aun cuando empezara siendo sólo un adorno, su empleo se enhebra profundamente con las creencias, los modos de organización social y las costumbres de los pueblos que lo practicaron (Reisfeld, 2004). A lo largo de la historia, el tatuaje ha sido concebido como un ritual artístico complejo o como una mera decoración pagana. Sus significados han dependido de los contextos, sea como arte prohibido, informativo, popular o erótico.

Los tatuajes engloban en un pequeño símbolo, todo un mundo pasado y presente que comprende un sin fin de significados históricos, sociales, económicos, políticos y culturales que dieron pauta a esta representación pictórica. Los significados de los tatuajes varían de acuerdo a las vivencias y contextos de cada persona. Originariamente, la utilización de signos corporales como el tatuaje aparecieron en antiguas sociedades tribales asociados a rituales de paso o de cambio, especialmente juveniles. Estos rituales suponen un sistema codificado de prácticas sociales que poseen un sentido para los miembros del grupo y para los demás grupos con los que comparten espacio. Al mismo tiempo que poseen un valor simbólico para sus actores y testigos que implica la colaboración del cuerpo y una cierta relación con lo sagrado (Ariño, 1996). El tatuaje moderno puede ser de inspiración religiosa, erótica, violenta, naturalista o abstracta; ser surrealista, realista, tribal, arte cartoon o arte pop. (Reisfeld, 2004)

Los tatuajes son una posibilidad de modificar al cuerpo para que este adquiera ciertos significados, esta identidad estratégica que se adquiere es una construcción de valores, prácticas, actitudes, pensamientos que tienen las personas para ir construyendo así esta identidad individual. El tatuarse es utilizar al cuerpo como un espacio el cual permite dar una identidad personal formada por lo social y cultural; por el entorno o la historia. Es una añoranza o deseo de sentirse parte de algo, como si tatuarse formara una imagen compleja y nueva de nuestro cuerpo que permite mostrar en cierta parte quienes somos.

La evolución del tatuaje se manifiesta en las sociedades occidentales actuales, sobretudo en las prácticas sociales las cuales están llenas de tensiones de forma individual o grupal, subjetivas o identitarias, públicas o privadas. Estas marcas corporales son usadas por los jóvenes, eminentemente urbanos, en sus interacciones con quienes comparten espacio y tiempo social (Alcoceba, 2007). Estas mismas prácticas sociales, son las que rigen las partes del cuerpo que deben ser tatuadas, por eso los espacios que eligen los jóvenes con mayor frecuencia corresponden a zonas corporales privadas o semiprivadas: pecho, hombros, espalda, ombligo, etc. Lo que nos indica que el tatuarse responde a un sentido íntimo y personal. Al mismo tiempo también sabemos que los tatuajes en esas partes del cuerpo en muchos casos no son visibles fácilmente por el propio individuo que los porta (hombros, espalda, etc.) con lo cual su significado sólo puede entenderse a partir de la relación con los otros, a partir de la sociabilidad. Es decir, el tatuaje aparece como una experiencia personal destinada a ser compartida por el otro o por los otros. El modificar al cuerpo con tatuajes ha ido en aumento, así el aspecto externo es una nueva forma de expresión y afirmación de la identidad, todas estas formadas por su ideología y utopías.

Los tatuajes pueden funcionar ideológica y utópicamente, en la medida en la que se integran a una comunidad y se oponen a otra. Sirven como identificación y al mismo tiempo resistencia a lo desconocido. Tanto las regiones del cuerpo, como las formas que se tatúan representan un complejo entramado que incita a

ser descubierto e interpretado. Además del resto de códigos y lenguajes utilizados para la sensualidad, el cuerpo tatuado potencia una comunicación entre lo subjetivo y lo social que debe ser descifrada por el otro. (Castrillón y Velasco, 2002). El tatuaje se vuelve vulnerable a la crítica de las demás personas, siendo percibido desde diferentes puntos de vista y resultando imposible negar que la imagen plasmada en el cuerpo tiene un significado personal de quién lo porta y otro de quien lo observa.

Existen tres tiempos de la vida que se pueden identificar: el pasado, que muestra las tradiciones hereditarias de la sociedad, el presente que habla las iniciativas actuales y el futuro que son las expectativas. De manera que los tatuajes se pueden observar en estos tres niveles:

- 1) Legitimadores: ya que pueden ser marcados por las instituciones. Por ejemplo las empresa que al comprar su producto te regalan dentro de él un tatuaje; una vez puestos sirve como elementos para extender sus dominios, los tatuajes son un símbolo, una imagen, la cual está mostrando que perteneces y estás de acuerdo con cierta mercancía y a la vez es un símbolo que está representando a la institución.
- 2) Resistencia: marcar tu cuerpo parece ser una opción para manifestar resistencia a la ideología actual. Una vez que se encuentra en un mundo en donde no se siente satisfecho, busca una forma de expresar este desacuerdo, aquí se pueden plasmar imágenes utópicas que vayan en contra de la opresión de los contextos de cada persona. Esta imagen puede mostrar tu desacuerdo con la ideología. Por ejemplo si estas en contra de un fundamentalismo religioso, tal vez se tatué una figura en contra de este.
- 3) Proyecto: Utilizas al tatuaje para construir una identidad propia, que manifiesta su posición en la sociedad. Por ejemplo las feministas bien

podrían tatuarse una imagen la cual desafiara al patriarcado y le diera individualidad.

Castells (2003) menciona que entiende por identidad el proceso de construcción del sentido atendiendo a un tributo cultural, o un conjunto relacionado de atributos culturales, al que se da prioridad sobre el resto de las fuentes de sentido. Para un individuo determinado o un actor colectivo puede haber una pluralidad de identidades. No obstante tal pluralidad es una fuente de tensión y contradicción tanto en la representación de uno mismo como en la acción social. Así, el estudio de la corporalidad desde la antropología ha puesto el énfasis en el uso social del cuerpo en las sociedades premodernas; en las tensiones y relaciones que se establecen entre el cuerpo como ente biológico y como dimensión cultural. El cuerpo aparece como superficie en la que se fijan atributos sociales por medio de ceremonias y rituales que en muchos casos suponen una transformación física del cuerpo, el cual ofrece de por sí una amplia superficie apropiada para exhibir públicamente marcas de posición familiar, rango social, afiliación tribal y religiosa, edad, sexo. (Martínez, 2004).

Según Ricoeur (2004) a partir de este punto de vista se pueden observar dos expresiones de lo imaginario social: la ideología y la utopía. El tatuaje se puede ver desde el sentido ideológico o utópico: Ideológico ya que es una forma de inclusión en la sociedad actual y en el segundo porque puede brindar un modo de pertenecer a diferentes comunidades en las que participamos distorsionando y disimulando lo que realmente somos. El cuerpo humano es el símbolo de su propia estructura; obrar sobre el cuerpo mediante los ritos es siempre un medio, de alguna manera mágico, de obrar sobre la sociedad. El cuerpo desde esta perspectiva aparece como elemento esencialmente relacional, como portador de una carga simbólica plena de sentido y que se configura como un elemento privilegiado de cara a la relación y a la comunicación social. Así, y a pesar de la ocultación parcial del cuerpo, su acción es determinante tanto en la comunicación tácita, como para la expresión de identidad. (Bernard, 1985).

Los tatuajes entonces son dadores de ideología, o pueden también ser un elemento utópico, que de cualquier forma constituyen un complemento uno del otro ó sea que si los tatuajes se mantienen a través de los tiempos plasmados en los cuerpos, entonces adquieren una consistencia y una permanencia gracias a la imagen estable y perdurable que se tendrá de estos. Si esta imagen es estable y perdurable entonces nos hablará que se encuentra inmersa en el nivel más profundo del fenómeno ideológico social y personal, por lo tanto no queda duda que son dadores de ideología. Pero a la vez que dan ideología también están conformados por ese elemento utópico, ya que los tatuajes también vienen a constituir una interpretación de la vida real, pueden cumplir la función de llevar una imagen de lo real a lo imaginario a un imaginario que no propone un tiempo ni un lugar en particular, que no preserva ni conserva a la realidad social en la que vive. Entonces aquí tenemos las dos grandes vertientes en la práctica del tatuaje en el imaginario colectivo: el tatuaje como práctica ideológica y el tatuaje como práctica utópica.

El tatuaje otorga sentido al cuerpo, pero en la medida en que es producto de horizontes utópicos también otorga el no sentido y la no afirmación generada en el no lugar y en el no tiempo. También puede ser un modo de afirmación de comunidades minoritarias, excluidas y al mismo tiempo puede ser parte de las estrategias mercadotécnicas que intentan generar demandas de productos. Un tatuaje puede tener muchos significados, por lo que no se puede entender únicamente desde lo utópico o ideológico, en la medida en que se integre u o ponga a una comunidad juega ambos procesos a la vez. Es decir el tatuaje puede significar todo un proceso ideológico, pero a su vez y al mismo tiempo puede entenderse como utópico, cayendo así al plano de lo multisignificante.

3.2 Tatuaje como imagen ideológica.

Como se mencionó en el capítulo anterior, un cuerpo ideológico es aquel que está manipulado y controlado, que se encuentra en una creencia colectiva y se representa a través de una idea o de una imagen idealizada que fortalece, refuerza, preserva y conserva al grupo social tal y como es. La función de la ideología es la de servir de enlace para la memoria colectiva, unir acontecimientos inaugurales valorizados debido a que son fundadores de la memoria de las personas con el objetivo final de dar creencias al grupo entero. Esto crea que los grupos sociales se mantengan de pie, adquiriendo consistencia y permanencia gracias a la imagen estable y perdurable que se da de la sociedad. Esta imagen estable y perdurable expresa el nivel más profundo del fenómeno ideológico.

Si retrocedemos unas décadas a los años 70 y 80, encontraremos que el mundo fue escenario de múltiples cambios sociales, culturales, políticos, ideológicos, económicos, etc., cambios que se gestaron en diversas latitudes del mundo pero que tuvieron un impacto directo en sociedades como la nuestra. Si bien estos cambios se iniciaron antes, fue en estas dos décadas cuando se consolidaron muchas bases de la sociedad actual, cuando se comienza a percibir una sociedad consumista, individualizada e interconectada o al menos con tendencias a serlo. Estos cambios de la sociedad actual de consumo y globalizada, fueron acompañados de movimientos contraculturales y de resistencia, los hippies, los rockeros, los punk, los skins head, darketos y en todos sus subgéneros posteriores, tatuar el cuerpo era una de las opciones que tenían para manifestar su resistencia a la ideología actual, era una forma de expresar que se encontraban en un mundo donde no se sentían satisfechos, era la forma de plasmar imágenes utópicas. Pero en la sociedad actual; sincretista, globalizada con mecanismos de control masivos, y altamente consumista el tatuaje se incorporó, la sociedad lo asimiló, empaquetó, lo hizo moda y vendió.

Nuestra sociedad es consumista, construida de cosas efímeras y de velocidad constante. Nos abrumba al avanzar más rápido que nosotros mismos, en este contexto el tatuaje es mecanismo de resistencia, no a cambios sociales o políticos, sino una resistencia a lo efímero a ese cambio constante, el tatuaje se convierte en una posibilidad de hacer duradero aquello que no lo es, detener aquello que se ha ido, recordatorio para evitar perdernos o para recordar a alguien o algo en una sociedad donde todo cambia.

Cuando el tatuaje se incorporó a la sociedad como producto de moda, pasó de lo permanente a lo efímero, se convirtió en un producto para chicos y grandes, la frase de “un tatuaje es para siempre” dejó de ser verdad, ahora se diluyen con agua y están a la venta, como todo producto tiene diferentes presentaciones y es para todo público. Encontramos tatuajes en paquetes de galletas y comida chatarra, con personajes de televisión, se ponen y quitan con agua, no tóxicos, no causan daños a la piel, y lo pueden usar niños mayores de 2 años. Del mismo modo existen tatuajes de henna, recomendados para jóvenes y adolescentes, duran de 15 días hasta 6 meses. Para uso exclusivo de personas mayores de edad, están los tatuajes permanentes, edad que una vez cumplida “supone” que eres responsable de tomar decisiones sobre tu cuerpo.

Dado las múltiples connotaciones y significados de esta práctica, cuando se consume un tatuaje se vende: actitud, status, belleza, identidad, rebeldía, individualidad, membrecías de pertenencia a grupos sociales, o al menos eso es lo que se cree comprar. El tatuaje pasó de imagen utópica a imagen ideológica en la sociedad actual, por lo que no es de extrañarse que se venda como adorno de un cuerpo delgado y atlético, plasmado en partes con connotaciones sexuales o de virilidad, según sea el caso. Así que el significado del tatuaje ya no se interpreta tan solo con base en la imagen o motivos que se tuvo para ponerlo, sino también se toma en cuenta quien lo porta. Si lo porta un cuerpo delgado y atlético, es moda, actitud, belleza y status. Si lo porta un cuerpo pequeño, obeso, sucio o descuidado es signo de malviviente, desadaptado o delincuente.

Cabe mencionar que en la actualidad la sociedad es mayoritariamente cristiana, gran parte de las personas juzgan delincuentes los que se tatúan, tal vez por la influencia europea que hay en nuestra sociedad, ya que es donde mayoritariamente las personas indeseables fueron asociadas al tatuaje. De cualquier modo el tatuaje perdió su sentido de subversión, de permanencia, de expresión de necesidades íntimas y subjetivas, se convirtió en un artefacto más para el adorno personal aceptado y controlado por una sociedad que se rige por la moral en turno, como cualquier otro adorno corporal.

El uso del tatuaje como artículo de moda no es el único significado que tiene en nuestra sociedad, pues tiene sus contrapuntos, contradicciones o doble moral. Recordemos que nuestra sociedad sobreexplota la sexualidad al mismo tiempo que la condena, que exhorta a la comida rápida y chatarra al mismo tiempo que exige cuerpos delgados, que promete individualidad por medio de la homogenización de la sociedad, de la misma manera promueve el tatuaje al mismo tiempo que lo condena. Basta con ver el número de anuncios de trabajo con la leyenda “sin tatuajes, ni perforaciones” y al mismo tiempo esta sociedad vende imágenes de cuerpos perforados y tatuados. Así que hay, al menos dos discursos que circulan en la sociedad convirtiéndola en dualista; pero hay razones para pensar que es de múltiples visiones, así que lo que mas encontramos son diversos y distintos puntos de vista, y el tatuaje no es la excepción, algunas veces es utópico, luego ideológico, luego algo más, a veces al mismo tiempo que es utópico es ideológico y es al mismo tiempo una tercera cosa.

Cuando se aborda al tatuaje desde lo utópico o ideológico se hace desde un marco de referencia que nos permite ubicarlo en uno de estos dos componentes del imaginario colectivo, pero no está exento de ser reinterpretado desde un segundo o tercer marco, dándole un sentido distinto. También existe la posibilidad que desde un mismo marco de referencia se tengan, al menos, dos visiones distintas, es decir, que el tatuaje sea utópico e ideológico. Por lo tanto el ponerse

un tatuaje en la actualidad puede ser un mecanismo individualista y reaccionario como homogeneizador e integracionista.

3.3 Tatuaje como imagen utópica

Recordando que la utopía es una fuga de lo real y que tiene que ver con las creencias de cada persona. Su función es proyectar algo imaginario fuera de lo real, en otro lugar u otro tiempo. Es así como la utopía cuestiona la preservación y conservación de la realidad. Es una forma de pensar en otro modo de ser de lo social, otra manera de apropiarse de las cosas, de organizar la vida política, de vivir la vida religiosa. En contra de la ideología, la utopía pretende y propone una sociedad alternativa, sea dentro de la familia, economía, política o religión. Por ejemplo en la juventud se fijan las bases de la identidad; desde ese punto de vista el tatuaje es utilizado como un refuerzo identitario tribal y grupal para estrechar lazos y marcar diferencias con los otros. De este modo las subculturas juveniles se han apropiado del uso del tatuaje especialmente en los años sesenta y setenta. A partir de la década de los noventa comienza a evidenciarse una transformación en los procesos de socialización juveniles en las sociedades occidentales urbanas. Así es como aparecen nuevos usos de la corporalidad y sus lenguajes; la moda del tatuaje va perdiendo su sentido primitivo originario de refuerzo de identidad (dador de ideología) para pasar a convertirse en una experiencia más íntima e individual, aunque orientada a lo social. Esta transformación en el uso del lenguaje corporal a través del tatuaje es un reflejo del complejo entramado social en el que los grupos y sus relaciones se establecen de forma más compleja, estableciendo nuevos códigos subjetivos y emocionales que deben ser interpretados.

En los grupos subculturales o contraculturales, el uso de los tatuajes ha tenido la función de mostrar su inconformidad y protesta con los marcos normativos establecidos. Estos grupos se caracterizan por hacer una exhibición más ostentosa de sus uniformes y marcas y han hecho de la violencia uno de sus

signos más identificativos, reflejados también en el uso de símbolos y motivos agresivos o violentos en sus tatuajes, esta imagen poco convencional lleva en sí misma una actitud de resistencia a la sociedad (Zarzuri y Ganter, 1999). Este modelo que adquirió su máximo apogeo en las décadas de los sesenta y setenta, mantiene su dimensión originaria tribal: los tatuajes son un lenguaje que refuerza la adscripción al grupo e informa a los demás de dicha pertenencia (Maffesoli, 1988). Los tatuajes pueden ser una imagen que manifiesta la tensión y el conflicto social en el que viven o creen vivir estos grupos. En este sentido tiene una función simbólica muy importante: la de transmitir ese malestar a partir de signos y expresiones ideológicas. Es por esto que muchas culturas suburbanas utilizan al tatuaje como signo de desacuerdo, por lo que lo portan en lugares visibles del cuerpo con la finalidad de mostrar la pertenencia y diferencia con respecto a los demás.

El tatuaje utópico pretende manifestar la tensión y el conflicto social existente con la ideología. En este sentido el tatuaje tiene la función simbólica de transmitir ese malestar a partir de imágenes que simbolicen ese desacuerdo con la sociedad y a la vez reafirmen la apropiación o pertenencia del discurso de las personas. Por ejemplo Zarzuri y Ganter (1999) hablan de las tribus urbanas y un proceso de tribalización, el cual supone toda una apropiación de símbolos y máscaras irreverentes que reafirman la pertenencia grupal, la mayoría de estos grupos constituyen en sí mismos un virtual dispositivo discursivo de disidencia y desestabilización del orden adulto, dominante o hegemónico. Estos grupos nacen de la ruptura del acuerdo de las reglas culturales y se caracterizan por exhibir su desacuerdo haciendo uso de la violencia, la cual es uno de sus símbolos más representativos, mostrando tatuajes violentos o agresivos. En esta misma línea grupos antagónicos, como los skins head, los punk, darketos, etc., surgen por diferentes circunstancias y motivos, pero su fin es el mismo o al menos siguen un mismo sentido: la disidencia y desestabilización del orden dominante para la implementación de los propios valores, lo cual no está “bien visto” por la sociedad que sigue las reglas preestablecidas. Alcoceba (2007), afirma que este uso

contracultural de las marcas corporales ha sido fuertemente reprimido desde las instituciones y desde las instancias que ostentan el poder. El hecho de criminalizar y consecuentemente transformar una marca identitaria en estigma, se puede ver como un tentativo de neutralizar y volver inocua la rebeldía expresada con el cuerpo.

La conformación de la identidad dentro de las subculturas juveniles ha ido transformándose de un modelo público, social y objetivo a otro más privado, individual y subjetivo. Las manifestaciones de estos cambios pueden observarse a partir de los procesos de transformación social, la cual desactiva y supera los estilos y símbolos de las subculturas juveniles. Cada subcultura vive un ciclo de resistencia y desactivación, que se inscribe dentro de las grandes matrices culturales y comerciales. La desviación cultural es explicada y normalizada en consecuencia pierde todo su sentido, al tiempo que los objetos “contraculturales” del estilo subcultural pasan a exhibirse en todas las tiendas de discos y cadenas de boutiques, pasando de un fenómeno utópico a uno ideológico.

Despojado de sus connotaciones desagradables, el tatuaje, se hace apto para su consumo público (Hebdige, 2004). Este proceso de neutralización de sus connotaciones desagradables del tatuaje y elementos de la subcultura, no se desarrolla de manera aislada, los medios de comunicación como conformadores de la opinión pública, desde sus discursos normalizan la corporalidad, despojando al tatuaje de sus connotaciones simbólicas iniciales (la criminalidad) y crea un producto de consumo provocando su inserción en el mundo de la moda, el tatuaje pasa de ser símbolo protesta a un símbolo de belleza temporal. Lo anterior representa el abandono de una visión anti-sanitaria y de rebeldía que se tenía acerca de los portadores de tales manifestaciones. Los tatuajes y el percing se convierten en nuevo elemento de la industria estética, de la instauración de la moda que, en su agotamiento por ornamentar el cuerpo desde el exterior con elementos como ropa y joyería, pretende hacerlo ya no sobre el cuerpo sino desde el cuerpo.

Cabe mencionar que las características de los tatuajes también han cambiado, pues existe la posibilidad de que estos ya no sean temporales, convirtiéndose en un quita y pon. El ponerse un tatuaje representaba algo imborrable y una transformación corporal definitiva por el resto de la vida, que estaba alejado de una moda o impulso pasajero. El hecho de que en la actualidad existan tatuajes de henna, representa la elección construida por la cultura y las experiencias personales efímeras que aparecen, desaparecen, cambian y se modifican con el tiempo. Es la elección de una imagen que ilustra un momento que puede cambiar, si recordamos que nuestro medio es cambiante, que la sensación de desorientación es cada día más grande, que la sociedad vive en insatisfacción constante y que en muchas ocasiones existe una ruptura entre lo que las personas quieren y tienen, pues encontramos a personas educadas para ir modificando sus prácticas, a no concebir la pertenencia de una imagen, sino a verlas como algo efímero, cambiante y que se pierde con el tiempo. Por esto los tatuajes se empiezan a ver como la misma vida cotidiana, como algo momentáneo y efímero.

Al final de cuentas los tatuajes no son más que otro de los mecanismos a través de los cuales se intenta hacer visible la individualidad con respeto a los demás y, en ese sentido la necesidad de separarse de una concepción de sociedad homogénea y estática (Romero, 2005). Pero como se mencionó anteriormente, hay un péndulo que va de la utopía a la ideología y viceversa, saber en qué parte del camino se está es muy difícil en muchas ocasiones. Este uso del tatuaje como elemento estético, actualmente tiene una función de homogenización más que de individuación. Este elemento de reacción ha sido adoptado por la sociedad y está a punto de convertirse en un elemento de homogenización cultural. Estas formas aparentemente más personales e íntimas en los usos del tatuaje aparecen asociadas a imágenes canalizadas por las grandes industrias culturales, especialmente por los medios de comunicación de masas y la publicidad y por el mundo de representaciones creado por la moda.

Cabe preguntarse si esta práctica estética y comercial del lenguaje traicionó el sentido original, lo que nos indica que la utopía puede transformarse en ideología y que ésta puede caer en lo utópico, o bien lo que para uno es un fenómeno utópico, para otras personas en diferentes contextos puede ser entendido como ideológico. Así su sentido puede ser o no ser, pertenecer o no pertenecer o variar de un lado a otro ideológica y utópicamente. Entonces saber quiénes son las personas que se tatúan pasa a segundo término, ya que en este trabajo pierde sentido responder si son jóvenes o adultos, lo que se intenta responder es para qué se tatúan. Tenemos que puede ser para identificarnos con un subgrupo para expresar nuestra inconformidad e iniciar la ruptura con la sociedad en la que vivimos, pero este uso no es exclusivo, se puede tatuar para encajar en la sociedad y estar a la moda. También se puede entender como una práctica individual, en donde se abandona el sentido identitario grupal para adquirir un significado de autoafirmación personal. La subjetividad de los tatuajes tiene que ver con las múltiples transformaciones del contexto en el que se vive, ya que el significado de las imágenes, cambian en función de las circunstancias de vida y de las relaciones. Todo esto sin olvidar que los tatuajes juegan ambos procesos: lo ideológico y lo utópico.

Tal vez por esto el modificar al cuerpo con tatuajes ha ido en aumento: el aspecto externo es una nueva forma de expresión y una manera de expresar y afirmar la identidad, todas estas formadas por su ideología y utopías. Al traer un tatuaje se han dejado atrás los propósitos mágicos, de valentía, de madurez, defensa o culturales por los que se realizaban. En la actualidad son un recurso de expresión que implican nuevos significados, se trata de mostrar una forma de ser o una manera de pertenecer. Porzio (2004), afirma que el tatuaje en nuestras sociedades supone un ritual que permite inscribir nuestros recuerdos a través de símbolos gráficos, que marcan etapas fundamentales de la vida, aunque la relación íntima y profunda que se crea entre identidad y tatuaje se manifiesta cuando lo elegimos con la finalidad de expresar lo que sentimos y lo que pensamos.

El tatuaje ha perdido parte de este carácter identitario-grupal para ser vivido como una experiencia individual. Carroll (2002), comenta que la búsqueda de identidad es la lucha constante por detener el flujo, por solidificar lo fluido, por dar forma a lo informe. Dado lo anterior, no es difícil entender al tatuaje como un mecanismo para detener un instante de nuestra vida y no dejarlo escapar, es un medio que hace permanente aquello que es efímero, que hace que algo que ya se fue este con nosotros. Un tatuaje nos posibilita tener algo que evite que nos perdamos, como recordatorio nos dice de dónde venimos, qué fue lo que hicimos o a dónde vamos. Esta práctica hace del tatuaje algo personal y unitario ya que puedes tatuarte la misma imagen, pero su significado es distinto, nos puede recordar aquello que quisimos, que se fue, queremos ser o aquello que añoramos. El tatuarse implica un mundo de simbolismos que corresponden a diversas redes de creencias, contextos y estilos de vida. Por esto pueden verse personas que además de tatuarse, se expanden el lóbulo del oído y se perforan la nariz tratando de obtener los rasgos faciales de los integrantes de las antiguas culturas, como la olmeca o maya. En ellos se expresa una añoranza por el pasado por el paraíso perdido, pero también de un recordatorio de sus orígenes o una simple acción contra la estética actual.

Los tatuajes no son uso exclusivo de una expresión ideológica o utópica, ya que es bastante difícil y equivoco identificar o buscar explicaciones objetivas de lo que representa un tatuaje para una persona u otra. Hablar de los tatuajes significa enfrentarse a un mundo de significados que integran un mundo imaginario, pero a la vez concreto y en cierta medida limitado por los contextos. Por una parte tenemos aquel tatuaje que expresa utopía, que es reaccionario, que nos identifica con un grupo y expresa un cambio en el orden social. Por otra parte, se encuentra al tatuaje que nos integra a la sociedad, que forma parte de los mecanismos de esta para expresarse y seducir. El tatuaje que se hace en partes sugerentes del cuerpo esbelto y descubierto (al igual que las prendas) es comerciable y efímero, nos hace estar a la vanguardia de la moda y es parte de una ideología: la de la engañosa individualidad libre y reaccionaria. Y por ultimo último, está ese tatuaje

íntimo personal, el cual no se inscribe totalmente en ninguna de las dos posturas anteriores, porque sólo nos recuerda a una madre, un hermano, una pareja, una mascota o un momento, un sueño un deseo. Este tatuaje no busca, al menos no en principio, identificarse con un grupo y cambiar el orden social o entregarse a la sociedad o por una ideología. Ese tatuaje es para uno mismo, su finalidad es dar forma a lo uniforme hacer duradero aquello que no lo es, de detener aquello que se ha ido, se tatúa para satisfacer una necesidad personal.

Es así como el tatuaje tiene múltiples significados y significantes, los cuales toman sentido de acuerdo a cómo te apropias de él y del significado que tenga para las personas o para la sociedad; te hace ser y no ser ideológico o utópico al mismo tiempo, además, entre otras cosas, muestra de un modo muy profundo cómo somos, cómo ha sido nuestra historia, una historia, por cierto, colmada de ideales y utopías, de añoranzas y deseos.

CONCLUSIONES

El objetivo de este trabajo fue analizar al tatuaje a partir de las dos expresiones del imaginario colectivo: la ideología y la utopía. Para lograr lo anterior se identificó las características generales de la sociedad actual con el objeto de entender el marco de referencia en el cual estamos inmersos o parados, así como la construcción de la identidad corporal y el espacio que brinda para el individualismo pos-moderno y las prácticas de una identidad individual.

Al abordar a la sociedad actual encontramos que está compuesta por una población de ambos sexos y de todas edades, organizada para cumplir determinados propósitos, que le otorga al individuo creencias, actitudes y formas comunes de actuar que tiende a compartir con los demás miembros. Que se reconoce como el espacio donde confluye lo construido históricamente a partir de las interacciones y vivencias humanas, y la construcción de la identidad de sus integrantes. Tal como lo afirma Sánchez y Zúñiga (2007), la sociedad es un sistema complejo donde los individuos que desempeñan un estatus-rol, socializan entre si y es mediante esta interacción que aprenden normas y valores que se

encuentran inmersos en nuestra cultura. Además deja en claro que esta sociedad influye en el comportamiento de las personas ya que es un espacio donde se reconocen propiedades históricas, culturales, normativas, filosóficas, económicas, ideales, utópicas, etc.

En una sociedad posmoderna, como nos dice Lipovetsky (2008), hay un proceso de individuación que genera una multiplicidad de puntos de vista y una fragmentación de todas estas condiciones que dan como resultado múltiples redes de individuos con intereses diversificados. Por esto, al referirnos a la cultura, hay que hacerlo en plural, debido a los múltiples procesos culturales circunscritos al interior de las sociedades, donde, al mismo tiempo e implícitamente aludimos a la gran diversidad de sus manifestaciones y prácticas.

La sociedad no se limita a estar solo en una época o en un solo lugar, por tal razón, ocasiona la creación de dualismos en sus integrantes. Recordemos que Lipovetsky (2008), dice que la cultura es, al mismo tiempo, descentrada y heteróclita, porno y discreta, renovadora y retro, consumista y ecologista, sofisticada y espontánea, espectacular y creativa. Conformándose así una sociedad que sufre cambios constantes, donde se hace latente la práctica del individualismo, pero al mismo tiempo se compone de personas que viven con tradiciones. Por eso la sociedad es una vasta gama de posibilidades y de redes que se unen, crean y mezclan nuevas formas de vivir.

En este cambio constante de formas de vivir, también se crean expectativas para los integrantes de un contexto social determinado, generando sensaciones de desorientación cada día más grandes en sus integrantes por la rapidez en que se tienen que cubrir las altas expectativas: cuerpos altos, blancos, sanos y esbeltos, en una sociedad llena de comida chatarra y grasosa, de una población mayoritariamente baja y morena; ropa y artículos de lujo, en una sociedad de poco poder adquisitivo; etc., etc. Es decir, los integrantes en una sociedad como la nuestra viven en una constante insatisfacción, al no poder cumplir las expectativas

que tienen y que constantemente les son recordadas por el bombardeo de imágenes y mensajes diarios. Este sentir de insatisfacción, por supuesto, se ha convertido en algo cotidiano, natural y común.

Por lo anterior, describir el espacio cultural nos proporciona un conjunto de soportes característicos de la sociedad actual, que influyen en la formación de la corporalidad, y no podemos ignorar que la publicidad es uno de los principales medios que promueven, o incluso dictan, las formas de vivir nuestro cuerpo, a tal grado que se convirtió en uno de los recursos con mayor uso político, económico e ideológico sobre el cuerpo humano. No olvidemos que en los medios de comunicación se difunden maneras de hablar, pensar, sentir y vestir a través de las imágenes y cuando no se logra satisfacer ciertas expectativas, se busca escapar creando nuevas formas de vida con expectativas distintas e incluso contrapuestas a las dominantes en ese momento,

Más que como personas o familias o grupos, los integrantes de esta sociedad se reconocen como individuos, como seres individuales que se suponen capaces de actuar al margen de los demás. Como sabemos, aun cuando se cuenta con cierta libertad para actuar de manera unilateral, nadie está exento de la influencia y lineamientos que se imponen en los contextos históricos, sociales y culturales en que vivimos. De esta manera, una utopía es la reacción “individual” a esos discursos aplastantes del colectivo. Por su puesto, la creación de una utopía no es un acto individual, a lo sumo, es un acto de un grupo minoritario que intenta cambiar la forma de vivir su corporeidad, la cual, va en contra del discurso dominante al respecto, va en contra del discurso ideológico. Y es aquí que inicia el vaivén de la utopía a la ideología y viceversa. Inicia el juego en donde el individuo se encuentra inmerso en un mundo de redes, resultado de la fractura de ideologías y la creación de múltiples utopías, estas últimas, pretendiendo legitimar discursos, en caso de lograrlo, el discurso utópico rápidamente se convertirá en un discurso ideológico, pero como todo es transitorio y cambiante en esta sociedad de consumo, no se puede identificar con confiado optimismo en que momento el

discurso es utópico y en qué momento es ideológico. Lo que ayer fue una utopía, hoy se ha convertido en una ideología parcialmente legitimada, mal entendida y velozmente desechada.

Este vaivén recae o se hace presente en el cuerpo humano, el cuerpo entendido no solo como la materia orgánica, sino como una vasta gama de conocimientos, creencias, actitudes y hábitos en el que se vive, crece y actúa. Por lo que hablar de cuerpo es referirnos a culturas, sociedades, ideologías y utopías. Como lo afirman Flores (2002) y Reisfeld (2004), el cuerpo se constituye como una entidad en la que se materializan procesos culturales desde la política, la economía hasta una ideología y una manera de relacionarse con el mundo concibiéndolo como una dimensión cultural, que rebasa a la concepción biológica y mecanicista del cuerpo humano. Este cuerpo aparece como superficie en la que se fijan atributos sociales por medio de ceremonias y rituales. Este cuerpo ofrece una amplia superficie para exhibir públicamente marcas de posición familiar, sexualidad, rango social, afiliación tribal y religiosa, ideología etc. (Martínez, 2004).

Un cuerpo visto desde el imaginario colectivo puede ser ideológico o utópico. Un cuerpo ideológico está manipulado y controlado, se representa a través de una idea o imagen que fortalece y conserva las formas de vida del grupo social, mientras que el cuerpo utópico cuestiona la preservación y conservación de esas formas de vida, es un cuerpo pensado desde otro punto de vista, otro modo de ser, otra forma de vivir. En la medida en que las personas se apropian de su cuerpo se vuelve utópico o ideológico. Ideológico, cuando sirve de enlace para la memoria colectiva con el objetivo final de dar creencias al grupo entero, posibilitando grupos sociales estables y perdurables. Utópico, al proyectar algo imaginario que cuestionando la preservación y conservación de las creencias dominantes.

No hay que olvidar que la ideología y la utopía son complementarias en razón de sus intercambios mutuos. Una no existe sin la otra, aunque la primera tiende hacia una integración mientras que la segunda hacia la disgregación. El imaginario colectivo dirige las experiencias delimitando donde deseamos situarnos. Conforme se va conociendo, creyendo, actuando y practicando la corporalidad se cae en modelos que varían de un lado a otro y de un nivel a otro. Un cuerpo se mueve en una multiplicidad de matices que impiden la identificación de lo utópico o ideológico, se puede llegar a pensar que no es lo uno ni lo otro, puede y generalmente lo es, ser lo uno y lo otro. Pasa de lo utópico a lo ideológico y viceversa, por lo tanto el cuerpo no se puede entender en fragmentos solo utópicos o solo ideológicos, se juega en ambos procesos a la vez. Para aclarar lo anterior retomaré algunos de los conceptos e ideas que se trataron a lo largo de este trabajo.

Nuestra sociedad actual, se puede describir como una sociedad de consumo donde las dimensiones ideológicas de la corporalidad están marcadas por la cultura de la imagen. Las imágenes se consumen como mercancías donde se producen los intercambios simbólicos, comunicativos, emocionales, sexuales, etc., y el cuerpo es el medio y el espacio en donde se fijan estos códigos éticos y estéticos de lugares y momentos históricos determinados.

Muchas de las prácticas corporales han estado presente desde hace miles de años. Esto se debe a que prácticamente, el hombre desde siempre ha tratado de comunicar un hecho real o imaginario a través del lenguaje hablado o simbólico y tal como lo afirman algunos autores (García, 1997; Romero, 2005; Gruzinski, 2006 y Alcoceba, 2007), las pinturas rupestres podrían ser representaciones simbólicas de la realidad de aquel entonces, constituyendo un ejemplo de la necesidad del ser humano para abstraer una parte del entorno y plasmarlo para el conocimiento o reconocimiento de los otros y de la utilización de la imagen para este fin.

En la actualidad, las imágenes siguen siendo el primer elemento que se pone en juego en nuestras interacciones. Nuestra apariencia establece un proceso de mediación entre el *yo íntimo* y el *yo social*; es decir, a través de nuestra apariencia iniciamos todo un mundo de relaciones, el cuerpo habla por nosotros, a partir de la imagen nos comunicamos de la misma forma como lo hacemos con la palabra y escritura.

De hecho en las sociedades occidentales actuales, en las que los mensajes corporales están dominados por instancias como los medios de comunicación masivos, por la publicidad, por las modas y las dinámicas de consumo, la imagen tiene un valor, incluso mayor, que la palabra o escritura. Nuestra sociedad es consumista de lo inmediato y nada es más inmediato que las imágenes, por esto la podemos describir o explicar a través de las imágenes.

Diariamente somos bombardeados de imágenes, todos los lugares están ocupados con ellas, es probable que esto cree muchas formas de entenderlas, pero eso es lo que vende en nuestra sociedad; es decir la imagen, se compra, se vive, se observa y se juzga. Al igual que las palabras, tienen un significado amplio y profundo, pero a diferencia de ellas, son más fáciles e inmediatas de digerir y están al alcance de todos.

Las imágenes siempre han tenido este alcance, desde las primeras pinturas rupestres, hasta las imágenes digitales actuales, por lo que no es extraño ni deberíamos sorprendernos de su impacto en una sociedad como la actual, en la que la rapidez y lo inmediato son bienes muy apreciados. Porque al final de cuentas: qué es más inmediato que una imagen para resumir significados, vivencias o filosofías de vida, y que mejor lugar para que una imagen cause impacto que nuestro cuerpo.

El cuerpo humano es modelo de múltiples modificaciones y los tatuajes son parte de dichas modificaciones. El impacto que causan las imágenes en nuestra

sociedad es mucho, pero cuando esos significados se tatúan en nuestro cuerpo es mayor, se convierten en parte de nosotros y de alguna manera modifican o deforman nuestro cuerpo, nuestra identidad. Un cuerpo tatuado es diferente a los demás. Es un cuerpo que habla, que grita, que reclama o que recuerda. Cuando vemos a alguien tatuado podemos ver a alguien diferente, pero también podemos ver a alguien deformado, alguien perdido y lascivo a la vista.

Una imagen expresa fuerza, impacta con mucha facilidad y desata fácilmente sentimientos y emociones, por eso, por medio del tatuaje se expresan sentimientos y sensaciones más profundas, por esta razón son la mayor expresión corporal de utopías e ideologías.

La utilización del tatuaje muchas veces ha correspondido a un sistema codificado de prácticas sociales que poseen un sentido para los miembros del grupo y para los demás grupos con los que comparten espacio. Estos tatuajes se realizaban desde lo ideológico porque por medio de estos se organizaban y regulaban las prácticas de los miembros de una sociedad. Por otra parte, el tatuaje desde lo utópico, separa y excluye a los individuos que lo portan, es un medio para expresar una reacción ante lo establecido y salirse de él. Un ejemplo donde se observa esto con más claridad es con la generación Hippie y en la generación X, dichas generaciones son reconocidas principalmente por su reacción ante las condiciones imperantes de la sociedad en que vivían y lo hicieron mediante expresiones musicales y artísticas, entre ellas, el tatuaje. Hasta aquí, se podría decir que el tatuaje es ideológico cuando su práctica es regulada socialmente y es utópico cuando la práctica es penalizada o rechazada socialmente (al menos por el grupo dominante), sin embargo, el análisis queda incompleto si se ignora el papel del cuerpo y su identidad.

Nosotros somos nuestro cuerpo, el cual es más que carne y huesos, es construido históricamente, formado por prácticas, sensaciones, hábitos, ideas y sueños. El lugar y condiciones en que vivimos van formando nuestra identidad,

somos reflejo del mundo y a su vez, el mundo es el reflejo de nosotros. La sociedad es parte de nuestro cuerpo. Nosotros vivimos, modificamos y nos expresamos a través del cuerpo. Le ponemos aditamentos, lo perforamos o tatuamos para expresar aquello que somos o que deseamos ser. De esta manera, el cuerpo se forma a partir de cómo nos ven y de cómo queremos que nos vean los demás.

Al modificar el cuerpo se busca cierta identidad que nos permita sabernos diferentes y únicos, que nos haga sentir especiales, y también, que exprese nuestros más íntimos sentimientos, que nos permita abrirnos o cerrarnos al mundo. Por esta razón, el tatuaje moderno puede ser religioso, erótico, violento, naturalista o abstracto; ser surrealista, realista, tribal, arte *cartoon* o arte pop (Reisfeld, 2004). La evolución del tatuaje se manifiesta en las sociedades occidentales actuales las cuales están llenas de tensiones individuales y grupales, públicas y privadas.

El cuerpo pretende mostrar, aportar y expresar algo al mundo fragmentado y tenso en que vive. El cuerpo es el espacio donde se ve reflejado el sentir y algunos lo hacen funcionar como un mural andante a través de los tatuajes, para de esa forma manifestar una actitud ante la vida y buscar una identidad. Piña (2004), menciona que en un cuerpo modificado se construyen valores, prácticas, discursos, actitudes y representaciones que dan sentido a la realidad, construyendo así su identidad individual y colectiva, este cuerpo modificado, como es llamado por Piña (2004), será ideológico o utópico en la medida en que te vayas apropiando de él y del mundo en que está inserto. Un cuerpo ideológico es aquel que está manipulado y controlado que fortalece y preserva conserva al grupo social tal y cómo es. Un cuerpo utópico proyecta algo imaginario, cuestiona la reservación y conservación de la realidad.

Por esto el tatuaje significa y es puesto por distintas razones. Tenemos aquellos cuerpos que se tatúan para excluirse, para reclamar, que buscan verse

diferentes, ajenos e intimidantes, expresar reclamos, o que los demás perciban su rechazo a los valores sociales imperantes. Los tatuajes en estos cuerpos son agresivos y antisociales. Su valor se mide por el tamaño y el grado en que entran en conflicto con la sociedad, como las calaveras, la muerte, palabras y símbolos amenazantes. Los lugares en los que se tatúan son los expuestos a los demás; brazos, manos, torso, cuello y cara. Entre menos estéticos, entre más difícil de aceptar, entre más provocador, es mejor.

Tenemos también, los cuerpos que se tatúan por razones estéticas y como expresión de su sexualidad. Estos cuerpos buscan lograr el concepto de belleza dominante: cuerpos esbeltos, jóvenes, blancos y limpios. Buscan estar al frente del juego de la seducción. No buscan reaccionar ante la sociedad, tampoco buscan cambiarla, buscan ser individuales y diferentes al resto de la sociedad, pero no buscan salirse de ella tan sólo buscan estar al frente. Por ello, se sujetan a estándares de belleza y los cumplen mejor que ningún otro, compiten por ser el mejor y llegar a la cima. Los tatuajes no se miden por el tamaño sino por el lugar donde se pone. Buscan exaltar y exacerbar la sexualidad de su cuerpo tatuándose en la espalda baja, tobillos, pecho, vientre, en todas esas zonas del cuerpo que se desea resaltar. La imagen pasa a segundo plano, lo importante es el lugar, entre más cerca de las zonas erógenas es más llamativo, entre más relacionado con el sexo es mejor. En el intento de convertir al tatuaje como parte de las expresiones de la sexualidad, actualmente, hay un proyecto para crear tatuajes que reaccionen al tacto, esto es, se planea crear tatuajes que sean visibles sólo mediante el contacto corporal (que produzca placer), de esta manera, los tatuajes sólo serán visibles al producirse un contacto entre pareja, gracias a esto se podría no necesitar conocer a la otra persona ni estar pendiente de sus reacciones, ya que en este mundo de imágenes, observar la aparición de los tatuajes será una señal de que tan placenteras son las caricias. Entonces el contacto corporal se convertiría en un potente lenguaje visual para la comunicación de la sexualidad. Ya sea que se logre o no esto, nos da una idea clara del impacto de la imagen y de la utilización de nuestros cuerpos en nuestra sociedad.

Tenemos también, aquellos cuerpos tatuados por motivos íntimos, en la mayoría de los casos el significado o motivo del tatuaje sólo es conocido por la persona que lo porta. Es cierto que todos los tatuajes tienen su historia y motivos personales, pero en estos últimos, no se realizan, al menos no como razón principal, para hacer reclamos o gritar su inconformidad, tampoco para exhibir su cuerpo, se hacen para que algo o alguien forme parte de ellos recordándolos o reconociéndolos. Estos tatuajes tienen nombres de personas y motivos concretos que no ostentan ser compartidos por un grupo de personas, todo lo contrario, con frecuencia el significado del tatuaje sólo es conocido por la persona que lo porta y si fuera el caso, por un grupo íntimo de personas que posiblemente tenga una relación con el motivo del tatuaje. Los motivos, a los ojos de las personas externas, pueden parecer vanales, inusuales o inspiradores, todo depende de la cercanía y valores de las personas que lo ven. Estos tatuajes son un mecanismo para hacer eterno lo efímero, de materializar lo incorpóreo o detener aquello que se ha ido, también son una forma de satisfacer necesidades insatisfechas, de llenar espacios vacíos, de hacernos de algo que carecemos. Por eso tienen nombres de padres, hermanos, novios, amigos o de momentos que alguna vez vivimos y queremos volver a vivir, de sensaciones y emociones que no queremos olvidar, de cosas que nunca hemos tenido. También son una forma de rendir tributo o reconocimiento a personas, dioses, estrellas de cine o grupos musicales, etc., al final de cuentas, se quiere que eso que se tatúan forme parte de ellos, y no hay mejor forma de recordar algo, de reconocer a alguien, de apropiarse de algo, que grabándolo en el cuerpo.

A primera instancia uno podría pensar que los tatuajes que expresan rebeldía y descontento con el sistema social son tatuajes utópicos. Si en nuestra sociedad las expresiones de sexualidad no son aprobadas y son vistas con malos ojos, los tatuajes que exhiben nuestro cuerpo y manifiestan la sexualidad también son tatuajes utópicos. Igualmente podría pensarse que los tatuajes que no son regulados o compartidos por un grupo social son utópicos y sobre todo individuales. Sin embargo, con una mirada más profunda nos revelarían que cada

uno de esos tatuajes tiene mecanismos de regulación social y por consiguiente los convierte en tatuajes ideológicos. Para entender esto, además de analizar al tatuaje y a la construcción del cuerpo, es necesario considerar a la sociedad en que se crea ese cuerpo.

Frecuentemente vemos a la sociedad como un ente extraño y ajeno a nosotros en donde caímos y nos sujetamos a sus reglas, casi nunca la entendemos como nuestra creación o la concebimos como una extensión de nuestros cuerpos. En ocasiones ignoramos que para comprender a nuestra sociedad hay que entendernos a nosotros. La circunstancia social no es más que nuestro imaginario colectivo. Nosotros somos una expresión casi fiel de la sociedad en que vivimos. Todo aquello que hacemos y todos los cambios de nuestro cuerpo se genera por los mismos procesos de cambio de nuestra sociedad. El tatuaje como parte de nuestra corporeidad cambia al igual que cambia la sociedad, va de lo utópico a lo ideológico y así sucesivamente. Debido a esto, para entender al tatuaje y analizarlo desde el imaginario colectivo necesitamos conocer los mecanismos de nuestra sociedad, principalmente sus mecanismos de evolución y conservación.

Cuando los habitantes de una sociedad se manifiestan en contra de una de sus instituciones como pueden ser la iglesia, la familia, la política, etc., y logran derrocarla, es inevitable construir otra para que regule aquellas actividades que regulaba la institución derrocada y en algunos casos, se delega la regulación de esas actividades a otras instituciones. Como sea, los cambios que se generaron en la estructura de la sociedad afectan a toda persona que viva y se desarrolle en ella. Técnicamente, los hijos de las personas que realizaron los cambios vivirán en una sociedad distinta a la de sus padres. De esta manera, cada que la sociedad cambia también cambian sus integrantes. También, aquello que era una utopía “una sociedad distinta, con leyes distintas” a la caída de la institución contra la que se revelo, se convertirá en ideología, en reglas, en normas. La nueva ideología desembocará en una utopía que se revelará contra de ella. Esta es la forma, a

grosso modo, en que la sociedad e integrantes van cambiando en un ciclo eterno de espiral, esto es, una sociedad que va cambiando continuamente por medio de la repetición de los mismos ciclos o etapas.

Esto complica determinar si un tatuaje se hace desde lo utópico o ideológico, ya que no es cuestión de perspectivas, ni depende del cristal con que se mire, es cuestión del momento en que esta el proceso de cambio. Lo explicaré, la sociedad no es estática, está en constante cambio y no me refiero únicamente a los que hay en las calles, sino a también a las ideas y valores, el cambio en los juicios y políticas de convivencia. La sociedad cuenta con instituciones como la religión, familia, gobierno, matrimonio, etc., que regulan y preservan los aspectos de la vida en sociedad. En otras palabras, constituyen los mecanismos de preservación de la sociedad. Cuando se genera una utopía en contra de la vida en sociedad, estos mecanismos de preservación permiten que nuestra sociedad continúe con cierta estructura. El hombre, aunque lo crea, no puede y tal vez ni quiere vivir fuera de la sociedad. Se construyen mutuamente, la sociedad crea al hombre y el hombre regula a la sociedad. Dicha sociedad cambia a la velocidad que sus habitantes lo requieren, y los cambios no siguen una trayectoria recta sino es espiral, lo que ocasiona que los tatuajes, por ejemplo, sean utópicos cuando se está en un punto del ciclo y cuando se está en el otro extremo los tatuajes son ideológicos. La valoración del tatuaje se ve afectado por el momento en el ciclo de cambio de la sociedad, el tatuaje por consiguiente se sitúa en un péndulo que va de lo ideológico a lo utópico.

Como se ha mencionado, los tatuajes utópicos son una reacción contra la sociedad, expresan descontento y están fuera de las normas sociales. Hoy más que nunca, para ver al tatuaje utópico o ideológico se necesita conocer a la sociedad, la cual es globalizada y consumista, en ella convergen infinidad de ideas y creencias contradictorias, es de doble moral, se compra y vende todo, las personas que la conforman necesitan saberse únicas, individuales y poderosos. Esta sociedad ofrece todo lo que las personas necesitan, sea real o imaginario,

con tal de vivir en ella o revelarte contra ella; las tiendas ofrecen utopías, individualidad, rebeldía, actitud. El hombre forma sociedades porque le resulta más fácil satisfacer así sus necesidades, aunque estas sean sentirse libre y por encima de la sociedad o afuera de ella. De esta manera, la sociedad satisface a sus integrantes y ella asegura su permanencia.

Cuando nace una idea o expresión que la sociedad no ha contemplado, como el uso del tatuaje, la sociedad no tarda en regular dicha práctica. De este modo el paso de la utopía a la ideología se da en un periodo de tiempo muy reducido. Por eso como mencioné anteriormente, si se observa al tatuaje como expresión de sexualidad en primera instancia se percibe desde lo utópico, pero si lo observas en el momento en que se ha regulado y se alienta socialmente, lo ves desde lo ideológico, por eso no depende de perspectivas sino del momento. Pero no todos lo perciben igual ya que algunos lo verán con inconformidad haciendo que regrese a la utopía. Para ejemplificar regresaré al tatuaje como expresión de la sexualidad. En gran parte de nuestra sociedad el ejercicio y expresión de la sexualidad no está permitida. La iglesia dice que es pecado, y hay personas que afirman que va en contra de buenas costumbres, etc. Otras aseveran que discriminan y agreden a las mujeres que lo portan. De la misma forma existen instituciones y trabajos que piden como requisito no estar tatuados. Esto convierte a los tatuajes en una expresión fuera de la norma social, al mismo tiempo que nos llega información y anuncios que incitan a portarlos. De esta manera, al mismo tiempo que los tatuajes son expresión de lo utópico están regulados por una institución social no oficial: la moda.

Un tatuaje deja de ser utópico cuando se convierte en moda. En nuestra sociedad, cuando el tatuaje es moda es un tatuaje ideológico. La moda es efímera y temporal, lo que ocasiona que el péndulo de lo utópico a lo ideológico acelere su velocidad. Cada persona avanza a diferente velocidad lo cual crea desfases de tiempo, es decir, muchas personas viven en tiempos distintos, por ejemplo: padres e hijos van en un punto diferente del recorrido, los dos viven en la misma

sociedad, pero no viven el mismo tiempo, y no es por la diferencia de edad, sino por sus ideas y valores. Puede haber padres que vivan el mismo tiempo que sus hijos, o sea que compartan sus ideas, mientras que otros pueden ver al tatuaje como una ruptura de tradiciones y una desviación del camino del bien, mientras que sus hijos lo consideran un mecanismo para integrarse y adaptarse a su mundo. En el mismo tiempo y espacio el tatuaje excluye e integra, al mismo tiempo es utópico e ideológico.

Resulta inadecuado identificar al tatuaje con un significado único, inequívoco y permanente, pues todo cambia, la sociedad cambia, nosotros cambiamos, los tatuajes cambian. Por tal razón, al analizar y estudiar al tatuaje no se puede ignorar donde estamos situados, tampoco podemos caer en un relativismo absurdo y decir que todo es relativo. El analizar el tatuaje, en general, desde la psicología corporal y en particular, desde las dos expresiones del imaginario colectivo: ideología y utopía, nos da un panorama más amplio sobre éste, al reconocer a la sociedad como espacio de construcción de la identidad y su impacto en la construcción de un cuerpo no solo visto desde lo biológico sino entendido como una construcción simbólica sobre la que se ejerce una influencia social, cultural, y al mismo tiempo aparece como medio y espacio desde el que se fijan los códigos éticos y estéticos que predominan en lugares y momentos históricos determinados. Puesto que a final de cuentas, cada tatuaje al igual que cada cuerpo, tiene su propia historia y sus propios tiempos.

El tatuaje no es un péndulo que va de lo utópico a lo ideológico, son miles de péndulos, uno por tatuaje, que va de lo utópico a lo ideológico a diferentes ritmos y en diferentes puntos del recorrido. El tatuaje al igual que un péndulo que se balancea de un extremo a otro, la mayoría del tiempo no se está en los extremos; ideología y utopía, sino en el centro, en la indefinición y sincretismo de nuestra sociedad.

BIBLIOGRAFIA:

- Alcoceba, J. A. (2007). El lenguaje del cuerpo a través del tatuaje: de la adscripción identitaria a la homogeneizadora democratización de la belleza. *Revista de Estudios de Juventud*, 7 (78), 75-90.
- Ariño, A. (1996). Tiempo, identidad y ritual. En J. Beriain (Ed.), *Identidades culturales*. Madrid, España: Universidad de Deusto, Bilbao.
- Bauman, Z. (2004). *Modernidad líquida*. D.F., México: Fondo de Cultura Económica.
- Bernard, M. (1985). *El Cuerpo*. Barcelona, España: Paidós.
- Carroll, L. (2002). Individualidad. En Z. Barman (Ed.), *Modernidad Líquida. Sección de obras de sociología (59-97)*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Castells, M. (2003). *La era de la información. Economía Sociedad y Cultura. El poder de la identidad*. D.F., México: Siglo Veintiuno Editores.
- Castrillón, E. y Velasco, O. (2002). El análisis de la percepción del cuerpo por los adolescentes en el mundo actual. *Revista Digital Re-cre-arteColombia*. Recuperado en: abril 25, 2009. Disponible en: [http://www.recreartedigital.ucauca.edu.co/analisis de la percepcion.htm](http://www.recreartedigital.ucauca.edu.co/analisis%20de%20la%20percepcion.htm).
- Flores, G. J. (2002). *Identidad psicosomática del adolescente mexicano urbano*. Tesis de Licenciatura en Psicología no publicada, Facultad de Estudios Superiores Iztacala, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

- García, S. (1994). *El tatuaje entre los delincuentes. El Manual de Prisioneros*. D.F., México: Porrúa.
- García, E. (1997). Antropogénesis u origen de la moral. En: E. Martínez (Ed.), *Ensayos Filosóficos*. D.F., México: UNAM- CCH.
- Gergen, K. (1991). *El yo saturado. Dilemas de identidad en el mundo contemporáneo*. Barcelona. España: Ediciones Paidós Ibérica.
- Giddens, A. (2003). *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires, Argentina: Amotorry Editores.
- González, A. (1983). *Estudio exploratorio en un grupo de reclusos tatuados*. Tesis de Licenciatura no publicada, Facultad de Psicología, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Gruzinski, S. (2006). *La guerra de las imágenes. De Cristóbal Colón a "BladeRunner" (1492- 2019)*. D.F., México: Fondo de Cultura Económica.
- Hebdige, D. (2004). *Subcultura. El significado del estilo*. Barcelona, España: Paidós.
- Isaac, M. (1992). *El Desesperado*. D.F., México: Porrúa.
- Jaramillo, C. A. (2002). La re-construcción del cuerpo en el Adolescente y en el joven. *Revista electrónica de Psicología Social. no.4*. Recuperado en octubre 25, 2009. Disponible en: <http://www.funlam.edu.co/poiesis/Edicion004/poiesis4.Jaramillo.htm>
- Lagunas, M. y Sierra, M. (1997). *Transgresión, creación y encierro*. D.F., México: UIA FONCA.

- Leite, R. (2008, Noviembre). Tatuaje: utilidad y vanidad. Trabajo presentado en el Congreso Internacional Imagen Apariencia, Murcia, España.
- Lipovetsky, G. (2008). *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona, España: Editorial Anagrama.
- López, S. (2000). *Zen y cuerpo humano*. D.F., México: CEAPAC-Verdehalago.
- Luhmann, N. (1997). *Observaciones de la modernidad. Racionalidad y contingencia en la sociedad moderna*. Barcelona, España: Paidós Estudio.
- Machiori, I. (1975). *Psicología criminal*. D.F., México: Porrúa.
- Machiori, I. (1978). *Personalidad delincuente*. D.F., México: Porrúa.
- Maffesoli, M. (1988). *El tiempo de las tribus*. Barcelona, España: Icaria.
- Marín, E. (1981). *El arte del tatuaje y sus diversas manifestaciones*. D.F., México: COSTA-AMIC Editores.
- Martínez, A. (2004). Moda y Globalización: de la estética de clase al estilo subcultural. *Revista Internacional de Sociología*. 48, 139-166.
- Morales F., Gaviria E., Moya M., & Cuadrado I. (2007). *Psicología social*. Madrid, España: Mc Graw Hill.
- Morales, H. (1997). *Sujeto y estructura. Laca, el psicoanálisis y la modernidad*. Guadalajara, México: Ediciones de la Noche-Universidad de Guadalajara.
- Myers, D. (2005). *Psicología social*. D.F., México: Mc Graw Hill.

- Nachon, A y Sasturain, D. (1997). *El libro del tatuaje*. Buenos Aires, Argentina: Ed. Need.
- Nateras, A. (2002a). *Alteración y decoración en los cuerpos urbanos: tatuajes y perforaciones en jóvenes*. Tesis de Licenciatura no publicada, Facultad de Psicología, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Nateras, A. (2002b). Metal y tinta en la piel, la alteración y decoración corporal: perforaciones y tatuajes en jóvenes urbanos. En A. Nateras (Ed.), *Jóvenes, Culturas e Identidades Urbanas*. D.F., México: Porrúa.
- Ochoa, E. (1985). *Algunas características de reclusos tatuados*. Tesis de Licenciatura no publicada. Facultad de Psicología, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Páez, F., Robles, R., y Tejero, J. (1995). *Conducta criminal de alta peligrosidad: personalidad y tatuajes*. D.F., México: Instituto Mexicano de Psiquiatría. Anales.
- Paya, V. (1999). Cuerpo rayado, cuerpo significativo: el tatuaje en prisión. En: S. Carrizosa. (Comp.), *Cuerpos: significaciones e imaginarios* (pp. 115-141). D.F., México: UAM, Xochimilco.
- Piña, M. (2004). *Cuerpos posibles, cuerpos modificados. Tatuajes y perforaciones en jóvenes urbanos*. D.F., México: Instituto Mexicano de la Juventud.
- Porzio, L. (2004). Skinheads: tatuaje, género y cultura juvenil. *Revista de Estudios de Juventud*, 64, 101-110.
- Reguillo, R. (1991). *En la calle otra vez. Las bandas: identidad urbana y usos de la comunicación*. Guadalajara, México: ITESO.

- Reisfeld, S. (2004). *Tatuajes. Una mirada psicoanalítica*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Ricoeur, P. (2004). *Del texto a la acción. Ensayos de la hermenéutica II*.D.F., México: Fondo de Cultura Económica.
- Romero, R. (2005). *Hacia una definición de la generación X y su presencia en los medios de comunicación*. Tesis de licenciatura no publicada. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Sánchez, C. y Zúñiga, R. (2007). *Una mirada socio-pedagógica al proceso de inserción social en el sistema penitenciario del Distrito Federal*. Tesis de licenciatura no publicada, Facultad de Estudios Superiores Acatlan, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Somonte, C. (1997). *Interno. Historias de la Ciudad*.D.F., México: Interno.
- Toffler, A. (1973). *El "shock" del futuro*. Barcelona, España: Fondo de Cultura Económica
- Trejo, D. M. (2001). *Psicología de la salud en México: Estilos de vida y hábitos de salud*.Tesis de licenciatura no publicada, Facultad de Estudios Superiores Iztacala, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Uriarte P. (2007). *Tatuajes figuras grabadas en cuerpos novohispanos 1604-1750. Una ventana al pasado de los hombres carentes de escritura*. Tesis de Licenciatura no publicada, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

Valenzuela, J. M. (1988). *¡A la brava ese! Cholos, Punks, Chavos banda*. Guadalajara, México: Universidad de Guadalajara-El Colegio de la frontera Norte.

Valenzuela, J. M. (1997). *Vida de barro duro. Cultura popular juvenil y graffiti*. Guadalajara, México: Universidad de Guadalajara-El Colegio de la Frontera Norte.

Zarzuri R. y Ganter, R. (1999). Tribus Urbanas: por el devenir cultural de nuevas sociabilidades juveniles. *Revista de Trabajo Social, Perspectivas*, 6, 8-19.